

ELELLA, El Libro del Amor Mágico

[Los Himalayas](#)

[Los Pirineos](#)

[Los Andes](#)

Los Himalayas

-Maestro, he tenido un recuerdo del futuro. Me he visto en una guerra, en un país que no es de nuestro tiempo, portando vestimentas y armas desconocidas.

-No será mejor que hoy -dijo el Maestro-. Vamos hacia abajo en el tiempo.

-He tenido este recuerdo, y vengo a la floresta de Bundelkhand, donde tú habitas, para que me inicies en la práctica y doctrina tántrica kaula, en la que eres Maestro de Maestros. Por algo te llamas Matsyendranatha.

El Gurú, que estaba desnudo, cubierto el cuerpo con cenizas azules, cerró los ojos y permaneció de este modo largo rato. Apoyaba su brazo derecho sobre un corto soporte de madera y se hallaba sentado esa mañana en la posición de loto, a la sombra de una retorcida higuera. Abrió los ojos como si volviera de un viaje y los fijó en los del joven, quien trató en vano de resistir la mirada. Se sintió investigado adentro, recorrido hasta su infancia. Bajó los ojos con respetuoso pudor y también con miedo.

-Hablas de un recuerdo del futuro y seguramente piensas en la transmigración. Has de saber que la creencia en la reencarnación no se halla en los más antiguos textos. Estaba aquí. Procede de esta tierra y sus habitantes oscuros; tiene que ver con las varias muertes que siguen a la del cuerpo, con la muda de la piel de la serpiente... Dime lo que viste en tu sueño.

-Me vi en una guerra en un país distante. Portaba una espada.

-La espada es el conocimiento... Para que pueda aceptarte como discípulo, iniciándote en la práctica Kaula, tienes que traerme leche de mujer. Se hace necesario comenzar de nuevo, desde la infancia.

* * *

¿Dónde encontrar leche de madre? Irá a preguntarle a Ghanesa, el dios de la buena suerte, en la puerta del templo.

Se prosterna frente a la estatua del dios elefante y le pide que le ayude, para que el Maestro le inicie. Al salir de su concentración, ve a su lado a una sacerdotisa del templo, que ha venido a depositar flores junto a las pezuñas del dios. Es esbelta y está cubierta de olorosos aceites; su pelo negro se prende con un lazo de jazmines.

-No te alejes -le dice-, quiero pedirte algo.

Los ojos oscuros le observan.

-Necesito leche de madre.

-Soy virgen, pero trataré de complacerte. Dame tu escudilla.

El mozo se la extiende con los ojos bajos.

La mano de la sacerdotisa tenía una mancha blanca entre dos de sus dedos. 'Lepra', pensó el mancebo.

-Tienes que ayudar -dijo ella-.

La mano temblorosa del joven no supo cómo. Ella le guió. Llevaba el pecho descubierto.

Pudo así extraer leche de la esposa de Ghanesa.

-La leche te la da él -dijo.

El mancebo quiso prosternarse ante la sacerdotisa, pero ella se lo impidió. Juntó sus manos y dijo:

-¡OM!

El joven partió agradecido y un poco triste.

Al cruzar unas amplias terrazas, con hornacinas y portales, escuchó golpes de cincel y vio trabajar a los escultores y arquitectos del templo. El granito y el mármol reverberaban, ascendiendo en menudo polvo. Sedales, filamentos flotaban en el aire denso, quedaban suspendidos o se esfumaban. Bajo un dintel de mármol se encontraba un escultor ciego; sostenía entre sus manos un bloque de piedra. Sintió pasar al joven que portaba la escudilla con recogimiento. Y, como si le viera, le siguió con su rostro, mientras se alejaba en dirección de la floresta de Bundelkhand.

* * *

El Maestro se llevó la escudilla a los labios, manteniendo los ojos cerrados y en meditación. Pero no apuró todo su contenido.

-Tú también debes beber -dijo-. Te pertenece lo que aquí deajo.

El mancebo bebió con devoción. La leche sabía a jazmín. No pudo dejar de pensar en la sacerdotisa, sintiendo que algo de ella entraba en él. También el Maestro había bebido. Ahora existía un lazo que los unía a los tres. Seguramente ya podría ser iniciado.

-No -dijo el Maestro; aún te falta. Necesito conocer tu yantra.

-¿Quién podrá, Maestro, trazar mi yantraa?

-Ve a visitar a Sudhir Ranjau Bhaduri y dile que necesito conocerte por dentro.

-He oído ese nombre. Me parece igualmente un recuerdo del futuro...

Y el joven fue a ver a Sudhir Ranjau Bhaduri, con la sospecha de que la escena se estaba repitiendo, que ya había venido alguna vez a visitar a este hombre, para pedirle algo semejante, pero en otro tiempo, no en el pasado, sino en el futuro.

Sudhir Ranjau Bhaduri estaba dentro de su cabaña y le acompañaba un adolescente que le pasaba unos pinceles, que lavaba en un tiesto de bronce.

-No debía hacer esto -dijo el anciano-. Mejor haría tu horóscopo. El yantra es tu retrato interior, una imagen sutil sobre la cual tu forma externa se apoya. Tengo que visualizar esa vibración íntima y darle el color que le corresponda. Son los instrumentos musicales del alma, a los que Maestro llamará chakras, flores de loto. No sé para qué hago esto, si él lo va a cambiar todo. La iniciación consiste en cambiar el yantra. Mientras no cambies tu yantra, no alcanzarás la inmortalidad. Yo seré el testigo, si no hoy, en trescientos años más...

El yantra era bello, pero de colores pálidos, un tanto indecisos. Se comprendía que la música que de allí se desprendiera podía ser tierna y cautivante.

El Maestro pareció también escucharla, bajo la higuera, pues sus ojos tuvieron una expresión desusada, mientras se sumía en la contemplación del yantra, como en la lectura de un texto que sólo él podía descifrar.

* * *

-¿Quién creó el mundo? Nadie lo sabe. Nii el mismo Brahma en el alto cielo lo sabe. Algo desconocido sucedió. Y nació el mundo. ¿Quién alteró la quietud de la nada, la paz de Dios? Tal vez ella, la Esposa, lo femenino eterno, el Brahma femenino.

-Maestro, ¿quién creó el mundo? ¿Quién nnos puso en este apuro?

-Digo que ni el mismo Brahma pareciera ssaberlo. Una fuerza equívoca ha intervenido. En un tiempo muy lejano, sin embargo, existieron unos seres que lo supieron. Ellos lograron situarse al margen del círculo, alterando el juego fatal de las leyes. Desintegraban este mundo y creaban otro, por medio de un secreto conocimiento que les permitió penetrar el principio equívoco. No aspiraban a la fusión última, en un éxtasis supremo, sino a la separación definitiva, a la última soledad. Estos seres fueron los Sidhas. Vivieron en dos ciudades en los Himalayas: Agarthi y Shampula. Para entrar en ellas hay que seguir un camino al revés, hacia el origen del tiempo.

-Maestro, y los Sidhas, ¿quiénes son?

-Brahma no sabe quién creó el mundo; perro su esposa pareciera conocerlo. También, los Sidhas. Ellos han logrado extraer el secreto que se guarda en el sexo de la Esposa, y que Brahma desconoce.

* * *

El Maestro continuó:

-El conocimiento nos ha sido transmitidoo por la Serpiente que sobrevivió al fondo de las aguas, cuando se destruyó un mundo de hombres-dioses, en cuyo mundo la mujer no estaba afuera, sino dentro, donde él y ella eran uno y nada hacía ella que él no supiera. Pero ella hizo algo que él no supo. Y las aguas desbordadas destruyeron el continente donde el rey era el supremo sacerdote y meditaba bajo el Árbol, rodeado de animales, dirigiendo el curso de los astros, que tampoco existían fuera de él. Mientras no reincorpores a la mujer y reabsorbas en ti a los animales, mientras no entremezcles tus raíces con las del Árbol, instruido por la Serpiente, no serán un sacerdote-rey.

Tras decir esto, el Maestro consideró necesario levantarse. Lo hizo con dificultad, pues sus raíces se hallaban entrelazadas con las de la higuera, bajo la cual se reclinaba desde hace muchos años, en la posición de loto. En verdad, pocos conocen el sacrificio que un Maestro se impone cuando acepta un discípulo.

El sol surgía recién en el amanecer. Pulsaciones suaves envolvían la floresta, alcanzando con sus latidos hasta las cimeras de los templos. El río se deslizaba silencioso, también a la espera del amanecer.

El Maestro condujo al discípulo a las caballerizas reales. Al verle aparecer, los palafreneros se prosternaron en el polvo. Luego huyeron, porque nadie nunca había visto en cuerpo físico a Matsyendranatha.

Una yegua negra, de piel lustrosa, con una estrella blanca en la frente, se hallaba ahí esa mañana. Un brioso semental entró al corral. Maestro y discípulo pudieron observar, sumidos en parecida reflexión, cuanto sucediera. Con delicadeza, el semental mosdisqueó las finas patas y ancas de la yegua. Se apartó luego, poderoso y relinchó. Parecía guardar dentro de sí todo el universo.

El discípulo miró al Maestro, interrogándole con los ojos.

Por un tiempo dilatado, continuó ese juego, en que el macho era como una nube del monzón, llena de relámpagos. El semental se precipitó, como el cielo sobre la tierra. Y se produjo el drama. El rayo se quebró en pedazos. El semental, sobre el lomo de la yegua, mostraba sus grandes colmillos amarillentos; la hembra inclinaba sus orejas a ambos lados de su frente estrellada.

-¿Lo has comprendido? -preguntó el Maestro.

El mozo estaba demasiado turbado para replicar.

* * *

Al mediodía, bajo la sombra de la higuera, el Maestro habló:

-Hay que cambiarlo todo. Cambiar el semental en yegua, el hombre en mujer... Pudiste entender que la yegua se regocijaba, con júbilo callado, aún antes del acontecer. Ella es la única triunfante al fin de esa desgracia. Algo sucedió, alguna vez, en algún lugar. Todo ha sido alterado. La mujer salió del hombre. Yegua y semental tomaron formas en lo externo. Alguien empieza a devorar a alguien. En lo que hoy hemos visto, hay un sacrificador y una víctima. Alguien recibe y se enriquece, alguien da y se empobrece. Hay la muerte de un dios, de un destino. Se ha creído ver aquí el mal y se ha predicado, por ello, el ascetismo. En el fondo, hay temor de caer en la trampa y de ser devorado. Dentro del juego de las leyes ciegas, el papel de los dioses. Valiéndote de él alcanzas otra realidad. La vida natural y la del mago van en opuestas direcciones.

* * *

El Maestro invitó al discípulo a visitar el templo. Pero ahora no se alejó de la sombra del árbol.

-El templo eres tú -le dijo-, es tu propio cuerpo. Un día, también yo recorrí el mundo, visitando sus santuarios, desde el monte Kailas, en los Himalayas, hasta el cabo Comorin, en el extremo sur. En todos ellos hay templos, y ofrendé sacrificios. Me bañé en los ríos sagrados y busqué la ciudad de los inmortales afuera de mi mismo, para venir a comprender, al fin, que lo externo es un reflejo imperfecto de lo que está en mí. El verdadero Kailas se halla adentro, también el lejano sur y la ciudad de Agarthi. El cielo mismo tiene la forma de tu cuerpo, los astros sólo reproducen centros de luz que hay en ti. Por ello, todo viaje cósmico se realiza en verdad adentro. Los que buscan afuera son los que morirán. Alcanzarán los astros sólo en apariencia y los hallarán vacíos. La tierra es nada más que un punto de tu gran cuerpo cósmico, o es posible que tu seas un punto de la tierra. Eres un templo de una sola columna y varias puertas. Debes encontrar la entrada en tu propio laberinto y luego sellarla. Por allí, al centro, arriba, está el Kailas y la ciudad de Agarthi. Pero ahora parecieran encontrarse sumergidos, bajo el mar. Deberás primero descender al fondo para recuperar las llaves entre las ruinas de un viejo continente. Y, ¿sabes tú qué es este mundo sumergido? Es el antiguo cerebro de los hombres-dioses, que aún está en ti, pero que ha sido cubierto por una nueva corteza, por un nuevo país. Con la desaparición de lo antiguo, de un viejo sol, los hombres-dioses se sumieron en los montes y en las aguas, en espera de la resurrección. Todo aquello que se cumplía con la ayuda de los hombres-dioses, escapa hoy a tu voluntad; la dirección del curso de los astros, los procesos automáticos de tu cuerpo son en verdad dirigidos por esos dioses sumergidos y caprichosos, que están siempre a la espera de que se apague el nuevo sol que hoy nos alumbramos.

El camino que te enseñé va debajo de las aguas, en busca de la tierra perdida de los dioses, de los guías-simiente, de los dioses-instinto; va de un sol nuevo a otro antiguo, sumergido, para poner a flote un continente legendario, encontrando los caminos, los puentes que lo unan al presente, pudiendo heredar así de los viejos sacerdotes, de los guías, la dirección de los trabajos en el templo.

* * *

El Maestro habló al discípulo de las flores de loto, de los chakras:

-Están ahí -dijo- aun cuando en verdad son flores inexistentes. Son más bien una posibilidad, una virtud del alma. Ellas crean tu doble etérico, tu cuerpo de aire. Pero tendrás que inventarlas. Es como un jardín en sombra; para que puedas ver tus flores, tienes que hacer la luz. La luz se llama Kundalini; encendiéndola, encontrarás los estrechos senderos que te llevan de flor en flor. Kundalini es, además, la abeja que liba en cada flor.

Todo esto que no existe, es mas verdadero que lo existente. La inmortalidad es como una flor que nadie ha visto. Deberá ser inventada. No de otro modo eres inmortal. Ciego, sin ver, deberás cultivar de noche las flores de tu jardín.

Y el Maestro entró a describirle las distintas flores de loto, o chakras. Le explicó su color su número de pétalos, comenzando por la flor de los genitales, la de la base de la columna vertebral, siguiendo por las del vientre, del corazón, de la garganta, del entrecejo, hasta llegar a la de mil pétalos, que se abre en la cabeza y que es también el monte Kailás, donde Siva se ha reunido con Parvati. Existe allí un lago diamantino, le dijo, que hay que cruzar en un barco guiado por un barquero ciego, en una embarcación submarina con luces encendidas bajo el agua, o en el lomo de la serpiente ígnea, para alcanzar a un vacío que ya no se sabe si está dentro o fuera, porque tal vez no esté en ninguna parte, porque es como estar en ninguna parte. La boda, o unión, se cumple en la flor de mil pétalos. En el entrecejo hay una flor de dos pétalos, como alas de paloma. Al abrir esta flor, nace un tercer ojo y nos es permitido ver las puertas de la ciudad de Agarthi.

Hay, sin embargo, más flores -continuó el Maestro-. Pero éstas, por lo general, no se abren; son flores prohibidas. Las hay en tus pies, en tus rodillas. Son centros de conciencia diferente, pensamientos de los dioses-gigantes del antiguo sol. Un mago kaula deberá abrir todas sus flores, pero sin permanecer largo tiempo en ellas.

En el paisaje fantasmal de tu jardín hay un árbol. En él se enrolla la serpiente. Este árbol es también los Himalayas.

En lenguaje siempre parabólico y estableciendo analogías entre lo de adentro y lo de afuera, entre lo invisible y lo visible, el Maestro se refirió a esos canales o ríos llamados nadi y que son como los filamentos del alma, por donde circula la terrible energía del mundo de los gigantes.

-Kundalini es un cálculo, una interna pootencia. Está dormida. Es la durmiente. Hay que despertarla, inventarla. Mas, nada se crea sin que exista virtualmente. Kundalini es la posibilidad de esa fuerza que destruye un mundo para crear otro. Está enrollada a los pies del árbol, amarrada allí con cadenas, formando un nudo, en el lugar mismo de donde parten todos los caminos. Para alcanzar hasta ese oculto recinto de la durmiente, deberás cruzar selvas y valles. Armado con una espada, llegarás al fin. Cortarás las cadenas, despertarás ala dormida, abrirás los tres senderos y subirás con ella en un carro de fuego. Juntos iréis libando en cada flor. Tú eres una mitad, ella es la otra. Como es ciega, sólo contigo de la mano puede alcanzar la cumbre, el borde del gran vacío. Pero aún desposado, el último salto deberás darlo solo.

Es muy posible que al final del viaje todo vuelva a reproducirse, pero de una manera y en una realidad que sólo se parecen. Una gran duda te toma al dar el salto. Además, el viaje no es continuo; es en espiral. En cada flor el jardinero se detiene y se cansa, vuelve a dormirse, regresa a la raíz del árbol, a su caverna oscura. Deberás nuevamente descender a despertarlo. Caes así muchas veces y te vuelves a levantar en este camino en el que te engendras a ti mismo, en el que te inventas, llegando a ser tu propio hijo. El hijo del hombre, engendrado por el padre, que a la vez es el hijo.

El hijo es muy frágil. Es un hijo innatural. Muere con facilidad, lo destruye un soplo, un mal pensamiento. En verdad, lo destruye el pensamiento. El hijo del hombre es engendrado al revés, fecundado por la mujer. Es de pura substancia mental, de éter invisible. Ha sido creado con la más pura magia de los Sidhas, con el semen que se derrama a la inversa, hacia adentro.

Algunos afirman que es innecesaria -la permanencia física de la mujer, dicen que el coito mágico, o maituna, deberá efectuarse interiormente, sólo con la imagen de la mujer que ha llegado a ser tu propia alma. El cuerpo etérico del hombre es femenino, el de la mujer es masculino. En el amor de los Sidhas, de los kaulas, el alma masculina de la mujer fecunda tu alma femenina. Y das a la luz el hijo de la eternidad.

Hay quienes sostienen que el acontecimiento es puramente simbólico, puramente mental. Los kaulas creemos en la necesidad de la mujer afuera y de un maituna realizado efectivamente, conforme a reglas que te revelaré. En esta época pesada, de hierro, el cuerpo físico es el instrumento que deberás afinar. Los Sidhas también resucitaban con este cuerpo.

* * *

El discípulo practicó difíciles ejercicios de purificación. Debió tragarse una larga tira de lino, que expelió por el recto. Aprendió a absorber agua por la uretra, en preparación de una reabsorción del semen, para el caso de una eyacuación involuntaria en el maituna. Pudo, además, concentrarse en el entrecejo, llegando a paralizar el pensamiento y la respiración.

Un día, sus pasos le llevaron nuevamente junto al dios Ghanesa, en el portal del templo. Y se inclinó, rozando lo losa con su frente. Al erguirse, vio que allí estaba otra vez la sacerdotisa. Espigada, con el busto desnudo, oliendo a flores frescas y a madera de sándalo.

-¿Por qué estas triste? -le preguntó ella.

-¿Cómo no estarlo, cuando se busca con tanta ansia la realización y aún se permanece en el mundo intermedio de las sombras?

-Dime, ¿quién es tu Gurú?

-Matsyendranatha.

-¿Te guía, por acaso, desde el plano de los desencarnados? Nadie le ha visto nunca en cuerpo físico. El no es de nuestro tiempo.

-Vive en el bosque y enseña a la sombra de una higuera.

-¿Estas seguro? ¿Me llevarás a verle?

-Vamos -dijo el joven.

Cruzaron la ciudad y entraron en la floresta. Extrañamente el joven se demoraba en dar con el camino y con la higuera. Con sorpresa, hubo de reconocer que el Maestro no estaba allí.

-Razón tenía -exclamó la sacerdotisa-; MMatsyendranatha nunca ha existido. Debo dudar de que hayas aprendido la recta doctrina sin caer en una trampa de tu imaginación, o de un demonio de la selva... No importa, ven conmigo. Te revelaré tu propio cuerpo...

El joven titubeó.

Ella le tranquilizó con una sonrisa.

-El templo es tu cuerpo.

Regresaron al templo. La sacerdotisa depositó su corona de jazmines a los pies de Ghanesa.

-Ya podemos entrar.

Se adivinaba una penumbra húmeda y fresca en el interior. Pero la sacerdotisa cambió de idea y le llevó primero a ver la parte exterior del templo.

-Aquí se halla representada toda la vida, Maya, la Ilusión. En los frisos bajos encuentras la guerra, la muerte, el placer, el amor. Pero quienes se aman en estos muros no son los hombres sino los dioses. Observa el rostro de Siva, su lejanía no es humana. Las posturas del amor son siempre tensas, ninguna es espontánea; se está cumpliendo un ritual. Todo este mundo en apariencia ardido, está iluminado por un sol frío. Es el muro de nuestra existencia, la pared del templo, lo que acontece al lado de afuera. Es Maya. También es el muro escarpado del monte Kailas, donde cada roca es un dios que se acopla y ama. La cumbre está más allá de las nubes. Este templo es tu cuerpo.

-Me lo adelantó el Maestro -dijo el joven con devoción.

-El templo está construido de una sola roca, como la montaña de Siva. Antes de entrar, observa las figuras aquí talladas por los escultores de Khajuraho. No hay nada de naturalista en su arte. Nunca más en la tierra se construirá esto. Quienes han sido capaces de esculpir así, han penetrado un misterio que asusta a los mismos dioses. Lo divino confúndese con lo demoníaco. El arco tenso tal vez se ha quebrado la cuerda se ha roto, sin lograr distender una tensión. Y es allí, en ese punto imposible, donde se reproducen los rostros del esposo y de la esposa, sus cuerpos que se agitan como hojas de piedra de un árbol cósmico, petrificado, movido por un viento que viene de otro universo. Este mensaje no será entendido. Se buscarán ideas, velos tranquilizadores que puedan hacer olvidar, interpretaciones piadosas. Pero la señal ha sido dada. Nadie puede destruirla ya. Observa el rostro del esposo en el momento de fundirse con la esposa. Expresa placer, dolor, ausencia; todo a la vez. Contempla la delicadeza de su abrazo, sosteniendo a la amada, protegiéndola de ella misma. Mira los dedos de su otra mano, en el gesto ritual. Observa las piernas entrelazadas y el beso de piedra, descubriendo el sentido de un roce que sólo se reencontrará al final de los tiempos... Sí, temo que este templo esté siendo batido por un viento que procede de la esfera propia de una decadencia de los inmortales. Sólo dioses enamorados de lo humano han podido favorecer la realización de este arte. Únicamente seres con ansias diabólicas de lo divino...

* * *

Todos los templos de Khajuraho van en dirección de norte a sur, menos el de Chosant Jogini, el de Siva, el dios temible y vernáculo, el cual va de oriente a occidente, como si estuviera indicando que algo muy especial deberá ser transportado en esa dirección. Es también el único templo construido de granito; los otros son de piedra blanda, coloreada.

El templo de Siva es una mandala difícil de penetrar, defendido en su umbral por el guardián Ganesha. Todo templo termina siempre en un muro sin salida. Pero en Khajuraho los templos tienen al final tres pequeñas puertas que dan salida al sur. El templo de Siva abre tres puertas hacia occidente.

-Vas conmigo de la mano, por dentro de tu cuerpo, buscando la entrada y la salida del mandala, del laberinto, ascendiendo por cada una de tus flores. Estamos ahora en la primera. Di OM.

Iban gritando.

En la penumbra, cargada de humos de sándalo, se adivinaban celdas laterales con doble puerta de madera. Una de ellas era la celda de la sacerdotisa.

-Aquí medito. Desde aquí he salido a buscarte.

Penetraron en el gabhagriha, o sancta sanctorum. Daba la impresión de un cráter y el adepto se sintió como arrastrado por una fuerza poderosa. Se arrojó al suelo, repitiendo mantrams.

Atravesando el sexo de la esposa cósmica, se erguía el falo de Siva, el lingam, símbolo de la inmovilidad última. La unión de ambos era el Siva Ardhanasisvara, el andrógino. El falo de granito, pulido por las caricias de las manos de las sacerdotisas y de los fieles, lustroso de aceites y especies sacramentales, tenía manchas de sangre aún frescas de las víctimas inmoladas, tal vez del fluido menstrual de la Esposa.

Mientras la sacerdotisa entonaba mantrams, cadenciosamente, juntando las manos y con la vista baja, sonaba de tiempo en tiempo un cuerno ronco. Las tres puertas al fondo estaban cerradas.

En alguna parte del templo abrióse una celda y salió el escultor ciego. Se acercó, caminando a tientas, y vino a sentarse, con las piernas cruzadas, junto al lingam de piedra. La sacerdotisa se aproximó aún más al centro, con movimientos rituales, evitando ciertos ángulos, en intensa concentración, como si en lo invisible hubiera una entrada que debía descubrir. Al llegar, derramó sobre el lingam un aceite perfumado. Le pidió al discípulo que se acercase, repitiendo sus movimientos. Le pasó el aceite, y él lo dejó caer sobre Ardhanasisvara.

Los tres permanecieron reclinados en igual posición, junto al símbolo oscuro. Ella volvió a levantarse y le entregó al escultor ciego una jofaina con agua.

-Soy el río -dijo-. Tú eres quien realmente ve; también eres la piedra en medio del río, el que trabaja la piedra.

El escultor ciego se irguió y dejó caer el agua sobre la cabeza del adepto.

-Eres el pez en el río. Nada, busca tu camino hacia Occidente.

Aún antes de la primera piedra, el templo ya está aquí. Sólo ha sido hecho visible. En los muros del templo, la esposa se contempla en un espejo, admirando una belleza que se decompone irremediablemente. Todo esto es dado a conocer; también, la existencia de esas tres puertas, por las que tu saldrás.

El escultor ciego se levantó. Tocó primero el rostro de la sacerdotisa, luego el del adepto. Los recorrió con sus dedos, como guardándolos en la memoria de sus manos.

* * *

El adepto retornó al bosque, junto a la higuera. Estuvo bajo el árbol muchos años, no menos de veinte.

Practicó las más difíciles disciplinas, destinadas a purificar su cuerpo, las conocidas y otras que él mismo fuera descubriendo. Tenía la impresión, a veces, de que le guiaban los Sidhas desde la ciudad de Agarthi.

Pero no alcanzó la paz. Sentía que fuerzas contrarias se lo disputaban; lo que había sido dejado atrás, sin superar.

En sus sueños, rocas intentaban pronunciar palabras. 'Todo tiene a ascender', decía una voz. 'Ven, apúrate, para que dejes un espacio que pueda ser llenado por tu hermano, y el de éste, por un animal, que permitirá

ascender a un vegetal y a un mineral. Sube, disuelve tu forma para ayudarlos, porque hay números exactos.

Vino un dios cornudo, de pies torcidos, que portaba una flauta. Y empezó a danzar ya cantar:

Los lagares son azules
El vino es rojo
El sol quema el vientre
de las danzantes
¡Ven al jardín de Brindavan!

Cerraba los ojos, e imploraba. Entonces el dios pasaba por su cuerpo ardido un polvo azul, como de estrellas.
Tomaba su flauta y cantaba:

¡Oh, Baghavan!
¿Posarás tus ojos sobre tu servidor?
Imploremos a aquel a quien tu oración dice:
¡Oh, Vagaban, tu, quien das aquí
y en todo sitio, ese especial estado
que adorna la brillante
corona de los dioses!

Se detenía un instante, o quizás años, para volver a cantar en la noche., junto al árbol del penitente:

¡Oh, diosa
que a voluntad puedes
mover los tres mundos!
¡Tus pechos son el sol y la luna!
¡Ven aquí junto al que sufre!
¡Y tú, que en tu corazón contemplas
a aquel que tiene la forma
del Himalaya
y con su sola mirada
deja caer refrescante ambrosía
sobre los que se queman en fiebres!
¡Reposa un instante tu cabeza
y decansa!

* * *

El penitente recordaba, a veces, a la sacerdotisa y tenía la certidumbre de que había muerto.

Un día, descubrió la manera de mirar y ver. Es decir, de ver realmente el mundo, una flor, un árbol, un animal, un hombre, hasta una imagen, o un pensamiento. Para lograrlo, debió detener toda idea en su mente. Pudo mirar así como quien dirige un rayo de luz fría. El mundo se transformó. En ese instante le fue dado, además de ver, escuchar el lenguaje de los animales y de las cosas; también, el de los colores y la luz. Todo se llano de fantasía exterior, ajena.

Para lograrlo, debió primero descubrir su cuerpo. Se dijo ¿Cómo puedo ver sin ojos, oír sin oídos? Se recorrió por dentro. Ascendió el árbol de su columna. Abrió los ojos, miró el mundo y lo vio por primera vez.

Pudo también mirar hacia adentro. Se esforzaba por abrir la flor del entrecejo.

Y fue así como un día, el ave que allí reposa abrió sus alas.

Profundamente concentrado, detuvo todo pensamiento, o imagen, con la respiración acompasada y el cuerpo en la posición de loto. Sintió un suave suspiro en la base, como si una boca se abriera. Entonces, como vértigo que paraliza, subió el fuego. A medida que ascendía, las rítmicas mecían su cuerpo, que parecía cambiar de forma, haciéndose plano, como lámina que junta sus dos polos. Cuando las ondas ardientes alcanzaron a su cabeza, comprendió que, si no se proyectaba hacia afuera, en un impulso supremo, hacia el vacío, sería cogido entre dos fuerzas contrarias y destrozado en ese punto. Era víctima, a la vez, de terror ante lo desconocido.

Es muy posible que alguien le ayudara en ese instante. Y cruzó el límite en un carro de fuego. Se sintió caer a velocidades vertiginosas. Luego flotó blandamente en espacios oscuros, donde también había fuego. Subió nuevamente, cruzó el borde de una esfera y penetró en una región delgada, azul, en la que se sintió liviano y libre, envuelto en zonas luminosas.

Al retornar, fue otra vez un prisionero. Contempló sus manos y tuvo la impresión de que todo había transcurrido en un instante, aún cuando su experiencia le llevara a hondas lejanías, a mundos perdidos en el tiempo.

* * *

No le fue posible cruzar nuevamente el umbral. Aún cuando logró hacer otros viajes aparentes, algo le aconteció en el borde, como si un recuerdo dejado atrás le estuviera reteniendo. Su mente diurna, su yo, se defendían, pretendiendo dirigir aquel suceso, que les era ajeno. Dos mundos contrarios se combatían, dos universos. Uno antiguo, sumergido, y otra que flotaba sobre las aguas.

Volvieron a producirse las poderosas vibraciones que se desatan en las raíces. Las sintió subir por el árbol, por los secretos canales y poner en movimiento las ruedas, abriendo las flores. Pero, junto a la cima, la corriente encontró un obstáculo. El hijo de la vida se enfrentaba al de la muerte. El yo quería participar en el suceso alterando su sentido.

Con su mente funcionando en parte, hallóse paralizado, semiconsciente, en ese trance, con una zona inhibida, mientras el terrible mundo antiguo había entrado ya en actividad.

Sin encontrar la salida, las ondas giraban sobre sí mismas cada vez con más intensidad. Se sintió dentro de un torbellino, veía ya círculos de sangre.

En ese momento, apareció a su lado una jofaina con agua. Como obedeciendo a un mandato, sumergió en ella sus manos y esparció el agua por su cuerpo. Las vibraciones se calmaron y pudo volver a moverse.

¿Quién le trajo esa jofaina? ¿Era, acaso, agua del río que desciende de la cabeza de Sica en la cima del monte Kailas?

* * *

Consumido por las disciplinas, el adepto kaula no deseaba abrir sus ojos. Volvía lentamente de un penoso trance. Cubierto de sudor frío, como si hubiera estado escalando un monte, cayendo y levantándose. Vio que se aproximaba una mujer en la penumbra, como la imagen de un recuerdo.

La mujer se inclinó junto al penitente y le enjugó el rostro con el borde del sari.

Difícil le sería saber si esa forma era ilusoria; la imagen se hacía clara, o se esfumaba, en la vacilación de la

luz crepuscular.

-Vengo en tu busca.

* * *

Vivieron en una cabaña de la selva. Fue su servidor. Atendía a sus quehaceres, le preparaba el alimento. Ella traía el agua de una fuente cercana. Otras veces, iba más lejos a lugares que él desconocía. La esperaba pacientemente, y, al verla aparecer, sentía gozo. Ella le enseñó el uso de perfumes y adornos, de modo que él pudo preparárselos. Le ayudó a tocarse con diademas de flores y le arreglaba sus collares de turquesas y zafiros. Le enseñó a untarle con una pasta bermeja la palma de las manos y los pies. La mujer se contemplaba en un espejo, como la esposa en los muros del templo. Cuando regresaba de sus excursiones desconocidas, él la esperaba en la puerta de la cabaña y le lavaba los pies.

Caía la noche y la selva se llenaba de murmullos. Aullaban las hienas y el cielo palpitaba. Con voz suave, ella entonaba canciones que describían los amores divinos. Dormían afuera, entre los árboles. Ella se reclinaba siempre sobre un costado, apoyando su cabeza sobre la palma de una mano. El se tendía a sus pies.

En esos tiempos, parecía como que ambos estuvieran atentos a sus sueños. El penitente sentía que aquella mujer se estaba transformando en una imagen de piedra de los muros del templo. La luna se hizo pequeña y volvió a llenarse. Y él seguía durmiendo a sus pies. Entonces, ella le contó de su infancia, de los juegos con otros niños. Y él se admiró de saber que ella era una mujer.

Le pidió que también le hablara de su infancia. Así lo hizo el penitente. Pero contó de dos infancia, una que se desarrollaba aquí, en este tiempo, y otra en un país del futuro.

Ella no se extrañó por eso. Fijó sus ojos oscuros en un punto lejano, sobre las copas de los árboles y le habló de una ciudad que tenía por nombre Ur. Era ahí -dijo- donde había jugado con otros niños.

Esa noche le pidió que no durmiera a sus pies, sino a su lado izquierdo. Obedeció el penitente, cruzó sus manos sobre el pecho y fijó su mirada en el cielo profundo. Ella se reclinó sobre su brazo derecho.

Al día siguiente, la mujer partió al amanecer y regresó entrada la noche. El la estuvo esperando, concentrado, tratando de oír sus pisadas aún más allá de la selva. Al sentirla llegar, se levantó y lavó sus pies con unción.

Ella le pidió entonces que durmiera a su lado derecho. Y esa noche sintió el perfumado aliento de la mujer en su mejilla. Mantuvo siempre fija su vista en el cielo estrellado, y, arriba, muy lejos, le parecía descubrir el cuerpo del bailarín azul, danzando frenético e inmóvil en los jardines celestes, con todas las vírgenes del firmamento, pero con una solamente.

Días, meses, pasaron así. Ella partía siempre y, a veces, tardaba mucho en regresar. Una vez le preguntó donde iba. Ella le respondió que a visitar a su marido.

Comprendía que esa mujer se estaba transformando en energía dentro de él. Su presencia le despertaba ecos, añoranzas que llevaba en sí desde siempre. Una noche soñó con altas cumbres nevadas, que no eran las del Himalaya, con un país en los extremos del mundo y con una mujer de ojos azules y cabellera clara, que lo miraba como si él fuera una ventana y ella pudiera ver a través suyo. Despertó con el rostro cubierto de lágrimas, comprendiendo que era un sueño de mil años más. Ella, que dormía ahora a su lado, le enjugó las lágrimas con el sari.

-¿Por qué lloras?

Por primera vez la vio como a una extraña.

-Hoy sé que mi rueda continuará girando -le respondió.

-También la rueda del que se ha desposado en la Copa del Árbol ha continuado girando. Existe un matrimonio secreto. Para cumplirse sólo necesita de la luz de una estrella. Te desposas mirando esa estrella, y basta una declaración de amor transmitida por su luz. Si el mensaje llega hasta ti, estás ya desposado en la eternidad.

-Siento que me he desposado así en el futuro -dijo él.

* * *

Llegó la noche en que ella le enseñó a besar. Se recostó desnuda sobre la hierba y le llamó a su lado. Le envolvió con sus largos miembros y aproximó sus labios a los del penitente. Fue sólo un roce suave, imperceptible, envuelto en un perfume de resinas.

Al día siguiente, ella partió. Y él supo que no volvería esa noche. Se reclinó junto al umbral y se concentró intensamente. Tuvo una sospecha: Alguien, quizás él mismo, podía estar pensando, o soñando, todo esto.

* * *

Sobre el suelo de finas maderas se ha dibujado el nuevo yantra, usándose para ello polvo de oro y plata, tierras coloreadas, pasta de sándalo. Tiene nueve entradas, pues, aún cuando simboliza el universo, también representa el cuerpo del hombre. Es un laberinto. Se han dibujado, asimismo, un triángulo, un cuadrado, un hexágono y un círculo.

Mientras tanto, las viejas mujeres y los magos consultan a los astros para conocer si son propicios.

Dentro del yantra hay un trípode. Sobre éste un cáliz. En el suelo, diversos manjares y dos urnas conteniendo vino y agua.

Es de noche.

Llega el iniciado kaula, cubierto por un a túnica blanca. El cabello le cae sobre los hombros y huele a cenizas. Percibe el yantra y comienza una danza que se parece a la del ave del paraíso. Busca la entrada que le corresponde. La encuentra y puede alcanzar el centro.

Se abren las puertas y se presentan los testigos, que vienen acompañados de sus mujeres. Se distribuyen en torno al círculo, con movimientos rituales. Ninguno de ellos tocará el centro.

La espera nocturna se prolonga hasta que aparece la mujer. La siguen sus servidoras. También la cubre un manto y entra en el yantra con los ojos cerrados, como dormida, pero sin dudar ni confundir los movimientos. Las servidoras también entran con ella.

El y ella se reclinan, una al lado del otro, en la espera.

Se oye una voz que invita al festín. Se consagran los manjares con mantrams y signos, coreados y repetidos por las servidoras y los huéspedes. Primero se consagra el agua y el vino:

¡Introduce tu alegría en este vino
para que sea curso de eterna vida
felicidad e indestructible placer!

¡Introduce la esencia de la ambrosía
la que representa todos los sabores
del universo
y es el esperma de la segunda creación
de los nacidos dos veces!

Se escancia el vino en el cáliz y se recita el mantram del sol:

¡Kang, Bang, Tapinyai, Namah!
¡Kang, Bang, Tapinyai, Namah!
¡Gang, Phang, Ngang, Ngang!
¡Chang, Dhang, Jhang, Tang, Nyang!
¡Nang, Thang, Dang, Thang, Dan!

Se llena tres cuatros de una copa con el vino, el resto con agua y se recita ahora el mantram de la luna:

¡Ung, Soma, Mandalaya,
Sodaza, Kalatmane, Namah!

Se ha transformado el vino en néctar, destruyéndose la maldición que pesaba sobre él desde antiguo. Es ahora el mágico brebaje, que ayuda a cruzar el umbral, es sangre del sol y de la luna.

Dentro de la jarra de vino se arrojan dos flores, que simbolizan el hombre y la mujer. Se bebe en dos copas, volviéndose hacia el Norte, luego hacia el Sur. Se recita un mantram que comienza por la letra G, en honor a Ghanesa, el guardián del umbral.

Con la primera copa de vino se come carne cocida; con la segunda, pescado; con la tercera, cereales. Después, se come lo que se desee, pues también el alimento ha sido transformado en carne de un dios.

Al beber la quinta copa de vino, se entonan cánticos y se hace sonar un cuerno ronco. Ya no se bebe más. La voz invisible describe la cima del monte Kailas, señor de los montes, resplandeciente en piedra de luna, con árboles de sombra inmóvil, envuelto en la fragancia de flores alucinadas.

Los iniciados se levantan, dejando caer sus mantos. Las servidoras aproximan la jarra con agua. Ellos entran en la jarra. Los coros cantan, describiendo el cuerpo de la mujer. Es el jardín del placer, el templo de la luna y del sol. Su vientre, es el altar del sacrificio; su pelo, es la hierba sacramental; el dulce vello de sus brazos y muslos, es el trigo de los campos; sus pechos hinchidos, son como volcanes que llenan de temor reverencial a las tribus de las llanuras; sus largas piernas, son los caminos que el peregrino deberá recorrer. Sus ojos, son dos estrellas. Sus labios, son de leche y miel.

Ella dice:

-Tengo fuego dentro de mis labios. ¡Ven,, aliméntalo con los tuyos, amado, no retardes!

Sufren un momento de ausencia, una caída en el olvido. Porque el agua de la jarra es de ambrosía pura.

Al salir del baño son coronados como rey y reina por las servidoras. Tienen dos varas en sus manos.

El iniciado se sienta con las piernas cruzadas. Las servidoras levantan a la mujer, con sus muslos abiertos. La suben a la altura del rostro del hombre y la van bajando lentamente de modo que roza todo su cuerpo, sus distintos centro, sus flores, hasta caer suavemente abierta sobre el lingam.

El hombre siente que ha penetrado a la mujer, yendo a una región verde-oscura, con el sabor de la endrina. La mujer inicia un ritmo lento, mientras las servidoras, que están también desnudas, reproducen los gestos y acciones de las esculturas del templo. Se forma así un universo que se agita con cadencia creciente, al tiempo que alguien canta:

¡Oh, Casto, sólo tu esposa existe
en el tiempo de la gran dispersión
todos los otros mueren
y aún el ojo abierto del
gran Uno se cierra!

El ritmo acelera, se hace intenso. La mujer busca sus labios.

¡Oh, destructor
el suelo ardido es tu campo de juego
tu arte son las cenizas de las piras funerarias
tus coronas son rosarios de cráneos!
Sin embargo, ¡oh dador de bendiciones!,
quien medita en ti obtiene los auspicios
quien se autocontrola y en ti medita
con el pensamiento fijo, ajeno a todo lo exterior
en la manera ordenada por la ley
conteniendo su respiración
sus cabellos erectos de felicidad
sus ojos llenos de lágrimas de alegría
inmerso en un lago de néctar delicioso
aquél sube a la cima del Kailas
¡Reverencia a ti, el tres ojos!

Parece como que la mujer pierde el control. Comienza a gemir y sus labios abiertos buscan los del héroe, penetrándolos con su lengua húmeda.

Las servidoras cantan:

¡Terrible, bello! ¡Casa de nuestra señora!
¡Bosque de Durga! ¡Hija de Matanga!
¡Esposa de Brahma! ¡Kumari, Lakshmi!
¡Pura! ¡Pura!

El concentra su voluntad en el entrecejo, tratando de ausentarse, aún cuando sin dejar de participar en el drama, en cada uno de sus detalles, sintiendo a la mujer, sus labios en sus labios, sus piernas oprimiendo sus riñones, sus brazos enlazados en su cuello. La sostiene, tratando de defenderla de ella misma. Inmóvil, hace un signo con la mano que aún mantiene libre. Sin embargo, el ritmo enloquecido está a punto de arrastrarle. Es el momento supremo de la prueba. Comprende que deberá descubrir la salida, en una última inspiración. Y piensa en la sacerdotisa muerta.

En ese momento, su semen salta hacia adentro. Y en las raíces del árbol despierta la Serpiente. Como fuego líquido sube a la cima, hasta la copa, abriendo a su paso todas las flores de su jardín, haciendo oír la música de las entrañas.

Abre sus ojos. Con infinita ternura, sostiene a la mujer, y le restaña el sudor de sangre.

Sin embargo, el festín no ha terminado, porque ahora deberán cenar los testigos. Y el festín de los testigos es su propia carne.

Los Pirineos

Se admiró del aspecto que presentaba ese día la ciudad. Por sus calles se oían canciones, había flores en ventanas y puertas.

Marchó sin rumbo por las angostas callejas empedradas, topándose a cada paso con músicos que batían panderos, tocaban trompas y flautas, vistiendo túnicas de vivos colores. Junto a la arcada de una venta, preguntó a una muchacha por el suceso de aquel día. Le respondió que era la Fiesta de Mayo:

-La última; porque el monje Domingo ha prohibido cantar al ruiseñor. El ave me avisa en mi ventana si mi amado vendrá hoy. Las flores que ves en los dinteles son para proteger del mal a la ciudad.

-Dime, muchacha -interrumpió el caballero-, ¿podrías indicarme dónde vive el Arcediano Sans Morlane? Debo encontrarle.

-Es un cátaro. Hoy los cátares se ocultan; la Inquisición controla la región. Sólo Montsegur resistirá. Pero hoy es la Fiesta de Mayo; todos son los otros y nadie es quien es verdaderamente. Los cátares son los romanos y los romanos son los cátares; los maridos son los amantes y los amantes, los maridos. En este día, los amos sirven a los servidores. Todo es lo que no es.

-O lo que realmente es -musitó el caballero.

-Es una fiesta muy antigua -terció un anciano que había escuchado la conversación-. Fiesta de Mayo, o Maya.

Se quitó la máscara y se vio que era un adolescente. En verdad, era una muchacha que besaba a la muchacha, la que le devolvió el beso con pasión, riendo de placer.

-¡Sea lo que sea! Nunca lo sabré en este día -exclamó.

En verdad era un trovador.

En el atardecer, el caballero logró encontrar a Sans Morlane. Le halló en la catedral, hacia la entrada de la nave izquierda, parado sobre la losa de una tumba. Estaba embozado en una capa azul.

-Me han dicho que tú podrás ayudarme a entrar a Montsegur.

-¿Eres por acaso un cátaro? ¿Has recibido el consolamentum?

-No, pero he tenido un sueño de amor. He visto a mi amada al otro lado de un puente levadizo, junto a la entrada de un castillo, que tiene cinco puertas, y ella me decía algo cuyo secreto deberé guardar. Sé que tendré que cruzar ese puente antes de que las cinco entradas se cierren en definitiva.

-Montsegur sólo tiene dos entradas, una al Norte y otra al Sur. Realmente, tiene una sola, pues la del Norte está reservada para los Perfectos.

-Dos nombres he escuchado en sueños: Moontabor y Montsegur...

-¿Eres un cátaro?

-Si no lo fuera, ¿cómo conocería tu nombre? ¿Cómo sabría que estás muerto y que ahora te hallas parado sobre la losa de tu tumba?

-Tienes razón. Sólo alguien que viva en el futuro, que venga a visitarnos desde el futuro y ya no nos pueda hacer daño. Ve a Fanjeaux, busca allí al último cántaro. Le encontrarás setecientos años más tarde. Se llama Roques Marceau. Y si puedes, ve también a Esclermunda. En verdad, ella es una paloma.

El caballero abandonó la ciudad de Carcasona, llena de flores y cantos de ruiseñor, para alcanzar hasta Fanjeaux, cubierta de nubes bajas, con ruido de armas y una pesada atmósfera de guerra. En una calleja perdida, encontró al último cántaro, Roques Marceau. Le miró a los ojos y no necesitó decirle nada. El hombre le reconoció.

-En alguna parte nos hemos visto -dijo-. ¿Vienes a que te haga el horóscopo, o a que te trace los colores de tu alma? El mozuelo no está conmigo esta vez para pasarme los pinceles.

-No, sólo vengo a que me señales el camino de Montsegur.

-De nuevo preguntas por un monte. Te lo dije ya en alguna parte, Montsegur no está afuera, sino adentro de ti. ¿Por qué sigues buscando en lo externo?

-Debo ir. Además, deseo ver a Esclermunda, si esto aún fuera posible. Dicen que ella construyó Montsegur.

-Siguiendo el camino de los sueños -dijo el último cántaro.

Le guió por unas callejuelas hasta el lugar donde setecientos años antes se levantara el castillo de Fanjeaux, en la Rúa de Castello.

-¡Pura ruina! ¡Nada queda ya, ni una piedra sobre piedras!

-Es que has regresado muy tarde, cuando han transcurrido siglos desde que el castillo de Montsegur fuera tomado y destruido...

-A veces creo estar soñando. No sé si he soñado el pasado o el futuro.

-Escucha, ya que has venido nuevamente, te revelaré el secreto. Allí, en la base del monte, en un recinto sombrío, en una celda cuadrangular, duerme, desde tiempos inmemoriales, una bella mujer. Nadie la ha despertado. Se dice que los Perfectos la mantienen dormida a la espera de alguien que vendrá de lejanas tierras y tiempos. Cuando despierte, se destruirá Montsegur y los Perfectos perecerán en el fuego.

-Vengo a luchar por Montsegur. No seré yo quien despierte a esa dormida.

-Los Perfectos saben lo que hacen, no se equivocan. Son dirigidos desde afuera de ellos mismos, por alguien que les piensa o sueña. Tal vez por la Dama que duerme. La destrucción de Montsegur es su triunfo. ¡Ve y despierta a la Dama! ¡Salva a Montsegur!

Con el corazón oprimido, el caballero se alejó del último cántaro. Sentía hambre y sed. Entró en una posada y pidió de comer. En la rústica mesa se sentó un trovador.

-Antaño, éramos los escultores del templo. Hoy lo reconstruimos con nuestros versos.

-¿Crees en la reencarnación, juglar? ¿No te está ello prohibido?

-Mis maestros, los Perfectos, creen en la reencarnación. No nos está aún permitido cantarla en nuestras trovas;

pero si Montsegúr vence, empezaremos, poco a poco, a revelarla. Está contemplado en el plan aún cuando los Perfectos parecieran dudar de si será bueno entregar la creencia a todo el mundo. Sólo los que han recibido el Consolamentum se hallan preparados.

-Y tú, ¿has recibido el Consolamentum?

-Soy ciego -dijo el trovador.

-¿Por qué no cantas, para alegrar mi corazón?

El trovador pulsó su laúd:

Construyo un castillo
Castillo noble y gentil
Tan hábilmente como puedo
Dulce en las raíces
Grande y pequeño
Lleno de cantos de aves
Sus dominios se extienden
Bellos como ninguno
Ese castillo es el
Castillo del amor
Señor de señores
Y del castillo las altas torres
Donde el extranjero encontrará
A su dama
Y blancos corderos
Como símbolos de amor
Ahí reposa la amada
Que implora con dulzura
Por la protección de su bien
En el instante de gran necesidad
La primera puerta está siempre abierta
La segunda está cerrada
Y es sólo para los preferidos
Se deberá abrir con un beso puro
Una vez que esa puerta se ha franqueado
Ya no hay más defensas
En el castillo
Pero quien pasa ese límite
Y no avanza aún más
Atrae su mal fin
No es digno del amor
La gran sala y el techo que la cubre
Son para acariciar largamente
Y para dormir muy juntos
Desnudos con tu amiga
Las puertas y ventanas
Son hechas de bellos semblantes
Los muros espesos de piedra oscura
Son males y tormentos

De la ausencia que se hace
Sufrir al suplicante
Hasta que no revele
Sus más delicados sentimientos
Las alcobas están hechas de entregas
De discreción tenida por preciosa
En las cocinas y en la gran sala
No hay más fuego que el amor
Aquel que logra entrar en el castillo
Deberá ser su defensor
Encontrará allí seguridad al fin
Y nada que perder
Porque las legiones
Venidas de las distancias
No podrán penetrar
En un castillo tan seguro
E inviolable
Residencia a la que pertenezco
Estas son las palabras
Y el mensaje
Que de lejos te son enviados

Calló el trovador. El caballero se había dormido con la cabeza reclinada en un brazo en la rústica mesa de la posada. Soñaba de nuevo con el puente levadizo. En el otro extremo aparecía siempre la dama vestida con una túnica alba. Le decía las palabras que él guardaba como su más preciado secreto: 'Ven, apresúrate, cruza el puente. Yo soy tú'.

* * *

El caballero partió solo y se perdió en los montes. Encontró una gruta y se refugió en ella. Allí permaneció días, tal vez meses.

Hasta la gruta llegó el trovador, trayéndole alimento. Fue su compañero invisible.

-Has hecho bien en venir a una gruta. Los Perfectos han grabado signos en estos muros. Mira ese pez, esa paloma, y ese rostro.

El caballero descubrió el rostro en la roca de la gruta, en el lugar más sombrío. Era un rostro de mujer, con los cabellos sueltos y, en su mirada, en todo, tenía un toque primigenio que le llenaba de recogimiento. El diseño del rostro estaba realizado por las hendiduras y promontorios en la húmeda roca. Tal vez fuera dibujado por los hielos de una edad perdida, o por hombres de una raza muerta. Había algo que impulsaba a adorarlo. Hizo su santuario de ese rincón de la gruta.

Lejos, se deslizaba el torrente. En la soledad de las noches, oía voces, como venidas de un tiempo lejanísimo. Las palabras le eran incomprensibles, pero estaban allí, como suspendidas en el aire húmedo.

Vino el trovador y cantó nuevamente:

Como dijera Perceval
En los tiempos en

qué el vivía
Sé tan fuerte y maravilloso
Que no puedas pedir
A quien sirves
La Lanza y el Grial
Ello te estará prohibido
¡Mi Dama! Frente a tu
Belleza
Yo lo olvido todo
Sólo deseo implorarte
Y no lo puedo
¡Yo sólo sueño...!

El caballero empezó a vivir en sueños. El aire enrarecido de la caverna era propicio a las alucinaciones. Parecióle que una mujer entraba a la gruta. No tenía rostro. Caminaba hasta el fondo, tomaba el rostro de la roca y se lo colocaba sobre el cuerpo.

-Ahora puedo hablarte, porque tengo bocca -dijo, con majestad-. Puedo hacerlo en nombre de todos ellos, porque soy el Maestro de sus Maestros. Los Perfectos me pertenecen totalmente. Vengo de lejos. Con los cátaros y los trovadores me estoy apoderando de toda esta región. Soy la Madre. Sólo yo conozco el secreto.

-Me parece que ya he oído en algún otroo lugar esas palabras -replicó el caballero-. Mejor será que pregunte directamente a los Perfectos.

"Apresúrate", le dijo una voz, parecida a la del trovador. "porque luego, cuando todo desaparezca, lo que ocurrirá muy pronto, ya no habrá ningún medio de enterarse de la verdad. Nadie sabrá quiénes fueron realmente los Perfectos, ni qué fue con certeza Montsegúr."

El caballero salió de la gruta y llamó a voces al trovador. Los ecos del monte le respondieron. Esa noche durmió de bruces sobre la hierba.

De amanecida, el trovador le trajo leche de cabras montaraces.

-¿Dónde te ocultas? Te he llamado a griitos. ¿Sabes cuánto tiempo más deberé pensar en este gruta? Debo ir a Montsegúr. Se me ha dicho que me queda poco tiempo, que el castillo está sitiado.

-Se dice que la preparación dura veintee años...¿Cuánto llevas aquí?

-Varios siglos -dijo el caballero-. Déjjame sacar cuentas. Estamos acercándonos al año 1244, y yo vengo del 900, en Asia... Sí, en verdad, son sólo minutos.

* * *

Pasaron la primavera y el verano. Transcurrieron del siguiente modo: Con una canción el trovador los hizo irse.

He aquí la canso:

Lanquam li jorn lonc en may
M'es belhs dous chans d'auzelhs de lohn
E quan mi suy partiz de lay

Remembram d'un amor de lohn
Vau de talan embronc e clis
Nom platz plus que l'yvern getalatz.

Comenzó a caer la nieve. Estalactitas crecieron en la caverna. Sin embargo, el caballero no sintió el frío. Ya no estaba allí. Viajaba en un estado especial, como de sueño.

La primera vez alcanzó sin vacilaciones hasta el pie de una montaña y ascendió por un angosto sendero. En la empinada cumbre, se divisaba una casa de piedra. Se encontró en una plataforma frente a unas grandes puertas que fueron abriéndose hacia un túnel excavado en el monte. Penetró por el pasaje iluminado con luz que no era de antorcha. Al final del túnel había un espacio redondo. Se abrió otra puerta y el caballero se encontró en un cuarto cerrado, brillando con luces de espejos. El cuarto ascendió hacia la cima, por el centro de la montaña. El caballero iba allí comprendiendo que esto no era del tiempo de su historia, ni de Montsegúr. Se había pasado en los siglos, estaba ascendiendo un monte paralelo, al lado opuesto del acontecimiento. Alguien miraba arriba, a través de un largo tubo, sostenido con ambas manos sobre un ojo. Al verle llegar, dijo:

-¡Viajero, sigue tu camino, retorna a tu tiempo!

Abajo, a los pies de la montaña, se extendía un lago de sombrías aguas verdes.

Aún cuando aquello no era de Montsegúr ni del tiempo de Montsegúr, algo tendría que ver con Montsegúr. Porque, si no ¿cómo habría ido a dar allí el caballero?

En un nuevo intento, alcanzó por fin su objetivo. Arribó exactamente en el espacio, en la imagen que se conserva en el espacio; pero, de nuevo, erró en el tiempo.

Lo que aparecía en la cima de la montaña era una ruina. La ruina de Montsegúr. Sólo sus muros se preservaban, en parte. Al pie del monte, el caballero los contemplaba. El día era de una luminosidad transparente. La luz producía un murmullo sobre la corteza de hielo y nieve. Comenzó a ascender. Llegó junto a un monolito, en que se había grabado algunas palabras y una fecha. Distante, aparecían aún los muros en ruina. Tomó el sendero que seguía hasta la cumbre, ascendiendo al comienzo sin mayor dificultad. Mas, pronto, sus pies empezaron a resbalar en el hielo de la pendiente y le fue imposible continuar.

Cabizbajo, lleno de pesar, se alejó de aquel sitio. De tanto en tanto, iba volviendo la cabeza.

Se detuvo en un recodo para contemplar por última vez la ruina del castillo. La soledad esa total ese día. Sólo los restos de los viejos muros de Montsegúr. Arriba, unos brazos se abrieron implorantes. Desde esa luz en movimientos de la cima, la alcanzó un mensaje de transparencia y amor desconocidos.

La visión de esas brazos de piedra, abiertos sobre la ruina de la cumbre, contra un horizonte nevado, como si fueran alas, le conmovió hondamente. Con la mirada puesta en la montaña, recibió el mensaje en actitud de entrega, deseando prolongar esa señal.

Aún cuando no había alcanzado la cumbre, errando nuevamente en el tiempo, el mensaje recibido era un indicio de que arriba le habían visto y le esperaban. No estaba preparado aún. Tendría que volver a su caverna y contemplar por más tiempo el rostro de la Madre.

* * *

El rostro no estaba allí. Lo buscó afanosamente, siguiendo las hendiduras de la piedra, rompiendo con las manos la capa de hielo. Le asaltó la duda de que la mujer que entró en la gruta y se colocó el rostro, como una

máscara, se lo habría llevado consigo. En ese caso, tendría que salir a buscarla.

Apareció una sombra luminosa.

Con los pies desnudos, cubierta con un largo camisón blanco, cruzó el umbral, marchando casi sin rozar el suelo, ni tocar las estalactitas. Con los brazos extendidos y los ojos fijos, se dirigió hasta el fondo, al umbrío rincón, y allí se sentó por un instante, en posición inmóvil, desprendiendo una suave claridad de todos sus miembros.

-Escuché tu llamada y vengo a pedirte que me saques del sueño. Duermo por edades. Hasta que no despierte, al fondo de mí caverna, no será posible destruir a Montsegúr.

-He venido a luchar por Montsegúr -repitió el caballero.

-La destrucción de Montsegúr es su salvación.

Se levantó, siempre con los brazos extendidos, y se volvió para irse como sobre un rayo de luz blanca. Un perfume a flores afiebradas, a tumbas antiguas, quedó flotando en el aire de la caverna.

Las lágrimas corrían por el rostro del caballero; porque en las delicadas manos, entre dos de sus finos dedos, había descubierto una mancha blanca.

-¡Lepra, reconozco esa antigua lepra! --exclamó.

Y, de hinojos:

-¡Obedeceré, tus órdenes! ¡Te despertaré, aunque se destruya Montsegúr! ¡Porque no deseo que el cielo me ayude, ni me dé alegría si no es a través de ti!...

* * *

Ella dormía, se dice, desde hace siglos, en la base de la montaña donde se edificara el castillo de Montsegúr. Allí la encontraron los Perfectos, y la dejaron dormir porque sabían que al despertarla vendría el fuego que devoraría el castillo y sus celdas. Sin embargo, esperaban el acontecimiento con serenidad, en ese especial estado que produce el amor fati.

El castillo tenía un corredor secreto que se comunicaba con la base de la montaña. Abajo, sobre un lecho de piedra, en una habitación cuadrada, dentro de un círculo, sumergida en una sustancia especial, cubierta con un velo transparente, como de novia, ella dormía. Cruzaba sus manos sobre el pecho y sus bucles le bajaban hasta la cintura. Sus pies de nieve estaban desnudos y de toda ella se desprendía una vibración que quemaba como el hielo. Era esto lo que hacía conocer que no estaba muerta, sino dormida.

A mitad de la noche, a veces, se levantaba sin hacer ruido y ascendía dormida el largo corredor en espiral, hasta llegar a la cumbre del monte. Los Perfectos, que vigilaban estáticos, sabían de inmediato que ella se había levantado de su lecho, de su tumba, en el fondo de la montaña y que venía subiendo. No hacían ni decían nada. Únicamente aumentaban su concentración. Adentro del castillo más de un caballero, más de un servidor, sentiría pasar una sombra blanca por las habitaciones, la vería acercarse un instante al fuego de la gran sala, como queriendo calentar sus miembros, para seguir de largo por los corredores apenas iluminados por las estrellas, hastiar a detenerse junto a un centinela de guardia en una encumbrada torre. Más de uno suspiraría en sueños al sentirla pasar.

Y en la torre más alta, ella atisbaba las distancia con sus ojos que no ven, recorriendo el valle, la selva, para

descubrir si su caballero vendría al fin.

* * *

Después de la primera visita, dejó de ir por largo tiempo.

Volvió el trovador con su laúd; se sentó bajo un árbol nevado, y le explicó:

-Este camino que tu inicias, fue revelaado al primer trovador por un halcón parado en la rama dorada del más antiguo árbol del Edén. Eres ahora el suplicante... Sólo quien esté preparado alcanzará a Montsegúr.

Regresó ella, al fin. Sin entrar en la gruta, le dijo;

-Sentémonos aquí un instante y conversemos. Puedes ver bien que estoy por entero a tu disposición. No me defiende de ti. Eres gracioso y bello.

Entonces, el caballero volcó su corazón:

-Tus ojos dormidos no pueden contemplar tu bella imagen; pero mis palabras encontrarán de algún modo el camino que alcance hasta tu sueño. Tus pies son menudos y finos y dejan manchas de sangre sobre la nieve. Hay también en ellos arena de los desiertos. Tus largas piernas son columnas de templos y senderos que deberé recorrer. Tu vientre, es el altar donde offician las tribus lejanas. Tu pecho es la cima del monte donde duermes. Tu frente, como el disco de la luna, es la puerta del castillo al que aspiro a entrar. Tus ojos, son el puente que aún no cruzo y el mensaje que me llega en la noche sin estrellas. Tus pálidas manos, tus afinados dedos, portan la huella de los sepulcros que pugnas por abrir con desesperación; marcas de

Calló el caballero. Ella se irguió con un estremecimiento y siglos...

Vino a buscarle con sus brazos extendidos, con sus manos moviéndose en el aire quebradizo, en procura de su rostro.

-Bello amigo, si jamás fueras mío... ¡AAh, si me es dada una noche para acostarme a tu lado con el placer de oprimirte entre mis brazos desnudos! ¡Te doy mi corazón, mi alma, mis ojos y mi vida!

Sus manos encontraron su rostro. Lo atrajo muy suavemente. Suspirando, apenas, posó sus labios en los de él.

Y se fue, sin pisar sobre el hielo.

* * *

El trovador, omnipresente, volvió a traerle el alimento y a mantener el fuego..

El castillo del amor tiene cinco entradas -decía-. Te faltan aún tres por descubrir. Esta ve no cantaré más, porque nada podría agregar a lo que aquí se ha dicho.

El arrobamiento llenaba ahora los días del caballero con una especial luminosidad y con un calor dulcísimo. Marchaba por entre la vegetación del bosque blanco, descubría un sentido especial en la caída de un copo de nieve, en el vuelo repentino de un ave, en su aterido grito sobre las cumbres, sin poder olvidar un instante el leve beso que recibiera de la dormida. Vivía más en ella que en él, envuelto, en esas altas soledades, en el perfume de su sueño.

El trovador vino con la noticia de la próxima visita. Se la anunció a la entrada de la gruta.

-Prepara tu morada. Hoy vendrá de nuevo y te entregará un don del cielo.

* * *

La sintió aproximarse, aún lejos; percibió el movimiento de sus manos al desprenderse de su pecho, el suspiro doliente de la dormida en su tumba de piedra, en la raíz del monte. La escuchó levantarse, para venir con sus pasos quedos por los pasillos en penumbra, acercándose a las fogatas, despertando el fuego de los aposentos, y los suspiros de los caballeros y centinelas que percibían también sus pasos. Sintió su atmósfera helada, su presencia de sonámbula. A medida que ella se acercaba al bosque, a su caverna, un temblor ascendente le envolvía, una parálisis difícil de vencer. Y fue de este modo como la vio llegar.

Le miró sin verle. Dejó caer su veste, con lentitud. Primero fueron sus hombros, luego el pecho, el vientre, hasta quedar desnuda, vibrando, y con la sonrisa triunfante del rostro de la Madre al fondo de la edad de los glaciares.

El caballero, sin moverse, con un temor sobrenatural, contemplaba el cuerpo desnudo de su Señora, repitiendo todo el tiempo una sola palabra. Del cuerpo se desprendía una substancia impalpable, que se le comunicaba.

Sin palabras, ella le revelaba parte del misterio.

* * *

¿Cuándo pasará este pálido invierno, cuándo se irán las nieves y se precipitará el torrente? ¿Volverá a cantar el ruiseñor?

El cruel interrogante pendía como una espada sobre las cumbres.

Ella volvió. Caminó sin titubear hasta el lecho de ramas y pellizcos. Venía desnuda. Con sus delicadas manos desvistió al caballero. Se tendió a su lado, cruzó los brazos sobre el pecho, clavó sus ojos muy abiertos en el techo de la gruta y dijo, dentro del sueño:

-Caballero, no soy yo quien viene, eres tú quien ha ido hasta mi lecho, en el monte; has estado en el círculo de mi tumba de piedra, donde estoy muerta, o quizás sólo duerma. Confío en que me despertarás, haciendo únicamente aquello que te es permitido. Necesito de tus caricias. Comienza por mis cabellos; oprime ahora mis pechos. Demórate aquí un momento. Hay ahí dos pequeños frutos que se abren al contacto de la yema de tus dedos, también de tus labios. Baja ahora hasta el vientre; es el cielo hondo de la noche. Apoya aquí tu cabeza y escucha cómo late un corazón sombrío. Si tus manos, que tiemblan, van ahora por mis piernas, has de saber que en ellas siempre hay un ángel esperando. Te daré refugio en mis rodillas. Señor, ¡qué dulce eres! Alcanza hasta mis pies, dos pájaros aterridos...

Temblaba, a punto de despertar del sueño. En su casi vigilia, aproximó su cuerpo al caballero, envolviéndole en un abrazo en que le devolvía todo el calor que le robara. Sus manos le acariciaban, tocando centros también dormidos en el hombre. Las manos de la mujer resucitaron la otra carne.

Con gran esfuerzo, mantenía él su mente en el blanco. Comprendía que debía dejarla hacer a ella. Un fallo, un fervor indebido y todo se habría perdido para siempre. Ella no despertaría ya de su profundo sueño. Montsegúr no sería devorado por el fuego. ¡Cuántos amantes fracasarían en esta prueba final de L'Asag, sin poder despertar a la dormida!

-Amado, descansa tu cabeza en mi pecho.. Despierta también de tu sueño. Porque tú también duermes. Empezaremos a vivir ahora tu sueño despierto.

* * *

El rostro apareció de nuevo, al fondo de la gruta. Con una insinuante expresión, se hizo nítido, se desprendió.

-¡Ven, poséeme como un guerrero! Te daré mi corazón para que lo devores. Bebamos nuestras sangres.

-Es tarde -respondió el caballero-. Tall vez si hubieras venido antes, si no te hubieras ido... El amor tiene un solo deseo: la fusión de los corazones. El rostro se esfumó en el muro.

Regresó entonces la despierta. Le envolvió en sus brazos y le besó con los labios entreabiertos, suspirando.

De este modo le entregó su corazón.

-Con este beso, amigo, te doy mi corazón. Tiene ahora dos corazones. ¡Dame el tuyo para poder vivir!

El caballero le devolvió el beso. Y también suspirando, le entregó el corazón.

Después, sentado a la entrada de la gruta, repetía:

-Mi corazón está en ella, todo entero, y mi espíritu va en pos de él. El corazón es un espejo donde el amante ve a su amada.

* * *

Había entrado a Montsegúr. Penetró con ella, con la que tenía su corazón. Pero no necesitó moverse de la gruta; porque ahora vivía aquí y allá, al mismo tiempo. Sabía lo que ella hacía; en especial, lo que ella sentía. Y ella estaba en él. Ambos pensaban con el corazón, habían caminado el centro de sus pensamientos, haciendo del pensamiento un corazón. Un centro, ubicado en ese sitio, se había abierto, junto con el despertar. Y el hombre comenzaba a soñar los sueños de ella, compartía sus visiones. Y ella soñaba los de él. El tenía ahora el corazón de una mujer y ella el de un hombre. Y esos corazones tenían cuerpos. El del caballero tenía el cuerpo de ella; un cuerpo y un rostro de mujer. Y el de ella tenía los del hombre. Y estos corazones, que habían adquirido así mayor vida, eran un corazón con alas que se transportaba por los espacios y visitaba el castillo y la gruta, la cima y la base, sin que pudieran herirlo ni detenerlo los ejércitos enemigos. Una esencia sutil, como un cuerpo de aire, se había desprendido y se les traspasaba, adquiriendo vida adentro, de modo que ahora él era ella y ella era él.

* * *

Llegó el fin de las nieves en los Pirineos. El caballero salió de la gruta y fue hacia Montsegúr. Su corazón conocía ya el rumbo. No podía errar.

Por el camino, se le unió el trovador. El caballero le saludó, diciéndole:

-¡Vamos al combate! ¡Vamos a destruir en nosotros todo lo que puede perecer! Canta una canción que nos ayude a cruzar las filas de los ejércitos enemigos.

El trovador tomó su laúd y cantó:

Mucho me place el alegre tiempo
Que hace nacer hojas y flores
Me place oír el dichoso ruido
De los pájaros que hacen resonar
Sus cantos por el bosque

Y me place ver sobre los prados
Tiendas y pabellones levantados
Y tengo gran alegría
Cuando veo alineados por el cuerpo
Caballeros y caballos armados
Me place en mi valentía
Ver castillos fuertemente asediados
En todo su contorno de fosos cerrados
También me place cuando un Señora, es el primero en invadir
A caballo, sin miedo, bien armado
Me place su valiente bravura

Y correrán en desorden los caballos
Relincharán por doquier
En la arboleda, sin dueño los caballos...
Y yo te digo: ¡Quédate ya en paz!

Subieron el sendero del monte hasta la empinada cumbre. Y se encontraron frente a la entrada del castillo de Montsegúr.

Al otro extremo, en el umbral, le esperaba ella.

-Yo soy tú -le dijo.

Y él pudo cruzar ahora ese umbral.

* * *

El trovador entró a la zaga del caballero, como si fuera su sombra. Mas su historia termina aquí. El mismo lo dice, antes de desaparecer:

-Tu historia de amor no es la nuestra, caballero; es más secreta y más antigua. Es la leyenda de amor sin amor, que se perdiera en el Diluvio. Sólo me es dado vislumbrarla. En nuestras historias no hay un caballero, sino un plebeyo y una reina. Pero tu dama dormida es una reina que viaja a través de las edades y ama a su igual, a un rey.

Así se despidió el trovador.

El caballero siguió su camino, conducido por su dama.

En la gran sala cuadrangular del castillo, sentados en torno a una mesa redonda, le recibieron los caballeros defensores de Montsegúr. Cada uno tenía a su lado a una mujer.

Su dama cruzó el círculo. El permaneció en pie, esperando. Ella le preguntó:

-Mi dulce amigo, ¿qué ha sucedido a mi corazón?

-Late aquí en mi pecho, señora, con dross golpes a la vez, que van repitiendo tu nombre y el mío. Es un espejo, un reloj de arena, que me dice lo que aún me falta...

Hubo un gesto de aprobación dentro del círculo. Y él pudo ahora entrar allí y sentarse junto a su dama,

pasando a formar parte del reducido grupo de caballeros que participarían en la batalla final de Montsegúr.

* * *

Le fue mostrando las celdas, las disposiciones de las torres, los corredores secretos. También le enseñó el recinto en la base del monte, donde guardara por edades el tesoro de los cátaros.

Desde las altas almenas le señalaba las cumbres y los valles. En la luz mortecina del crepúsculo, le explicaba:

-El sol se pone sobre estas cimas que ppor siglos fueran refugios de hombres puros y de magos. Cuando las grandes aguas desbordadas sumergieron el continente central de los hombres dioses, cuando la tercera luna cayó sobre la tierra, aquí se guardaron las claves salvadas del Diluvio. Ellas van circulando de mundo en mundo. Lo que se ha llamado Grial, es una piedra celeste que cayó sobre nuestro astro, al partirse en mil pedazos la Corona de Luzbel, en su combate estelar. Sólo cuando se junten los pedazos dispersos, Luzbel podrá ser vindicado. Porque él es la Estrella de la Mañana, la Estrella de El-Ella, el guardián de nuestro amor. La piedra aquí caída, es esencial para reconstruir la Corona. Brilla más que el sol, es fuego helado, es luz blanca. Su contacto une lo disperso, retorna a los comienzos. La encuentran sólo lo que caminan hacia atrás. También une todo cuanto se ha separado en ti; porque tu eres la Corona despedazada, los astros esparcidos por el firmamento. Ese secreto talismán nos une a ti y a mí en la Estrella de El-Ella. En cada astro del cielo hay un trozo de la Corona rota, y la raza humana tendrá que ir a buscarlo; pero sólo cuando haya encontrado el que en la tierra se guarda podrá tener éxito en su búsqueda cósmica. De mano en mano ha ido el tesoro. Vino de Oriente, salió por la puerta sur de un templo, o de una montaña. En el talismán está grabado el secreto en lengua indescifrable, con signos desconocidos. Cuando Montsegúr caiga y el talismán sea llevado a tierras más lejanas, su vibración, su no revelada historia, transformará el alma de los peregrinos que aún visiten estas ruinas...

La delicada mano, con una pálida mancha entre el anular y el índice, se levante contra el sol del atardecer, para señalarle las distintas cumbres:

-Allá se encuentran las cavernas y la MMontaña Negra, donde se prepara a los buscadores. Nos separa de ese otro monte el Lago de la Muerte. Cuando Montsegúr sea consumido por el fuego, el tesoro deberá ser transportado de centro en centro, hasta alcanzar un día la montaña que hay en Venus, su último refugio, donde reconstruiremos, con un trozo terrestre, la Corona, tal como fuera de hermosa antes de romperse...

* * *

Muchas veces recorrió el castillo, desde su base subterránea hasta las almenas más empinadas, pero nunca cruzó la puerta del Norte.

-Conozco ya bien este castillo -dijo-; lo he recorrido muchas veces; me siento un prisionero, como si al ir y venir, me estuviera topando en un punto alto, en una última almena. Antes de la batalla final, pienso que debería cruzar la puerta del Norte y visitar a los Perfectos, para que ellos me preparen. Llévame a cruzar esa puerta...

Ella le siguió hasta el umbral de la puerta Norte del castillo.

Y él supo que debería continuar solo.

* * *

Junto al abismo, había un aire seco y transparente. Un pequeño hacinamiento de cabañas entre ralas verduras y piedras. Un rocío de luz morada y una tenue brisa.

Aún había nieve en la cima. Avanzó hacia una cabaña al borde del precipicio. No tenía ventanas y su angosta puerta estaba abierta. Una como luz violeta le hizo detenerse en el umbral. Sentado sobre el suelo, con el busto erguido, y las piernas cruzadas; se hallaba el Perfecto. Tenía los ojos abiertos e inexpresivos; una sonrisa, no de la boca, sino de la luz que le envolvía y que él mismo proyectaba, parecía estar insinuándose. Tal vez no se encontraba allí, porque cuando habló, su voz no se escuchó en sus labios, que permanecían inmóviles, sino un poco hacia el techo de la cabaña:

-Diaus vos benesiga.

Permaneció largo rato en silencio. Le costaba hablar. La lengua y los labios se hacían como de piedra.

-Quiero saber, -dijo al fin- ¿dónde estamos?

-¿No comprendes, viajero -respondió la voz- que visitas una ruina de un castillo destruido hace setecientos años, que todo lo que dentro del castillo has visto no es sino la sombra de algo que fue en la tierra y que ahora se transporta en la luz de un astro? Allí también voy. En verdad, tú has venido en el futuro. Debo admirarme de que hayas podido cruzar los enrevesados planos de la luz. Te has extraviado, o te has transplantado a un tiempo paralelo, donde también existe Monsegúr y se cumple eternamente la historia análoga de su caída; pero con una intensidad diferente. Hay tiempos paralelos, hay planos que no se tocan, aún cuando se entreveren, hay acontecimientos semejantes, simultáneos, como ecos de campanas dentro de universos cerrados y que no se afectan mutuamente. Así, aquello que aconteció en la tierra, ha tenido existencia anterior, o simultánea, en alguna otra concentración de la luz, de un modo parecido, pero a la vez diferente. Allí estamos, entonces, tú y yo, en aquel otro drama de Montsegúr, igual, pero distintos adentro.

Siempre como viniendo de arriba, del techo de la cabaña, quizás desde ese otro tiempo semejante, continuó la voz del perfecto:

-Nos oponíamos al matrimonio y a la fornicación de los cuerpos, porque ellos producen el hijo de la vida; pero no nos oponíamos a la fornicación de la mente, al matrimonio mental, como se practicaban en la ceremonia secreta, en la cámara de la iniciación del castillo. Este fue el no revelado secreto, el tesoro de los cátaros.

* * *

Se cuenta que un poco antes de la caída del Castillo, cuatro caballeros lograron descolgarse desde la cima, valiéndose de un cordón plateado, que resistió firmemente, sin romperse. Llevaban el talismán, el tesoro. Los nombres de tres de ellos se conocen. El del cuatro, no.

Los Andes

El sol del mediodía penetraba con suave rumor por entre las hojas y los helechos. Araucarias, raulís, copihues rojos, cubiertos de gotas temblorosas de lluvia. En la penumbra, un olor intenso a tierra mojada y ese incesante murmullo de la luz, como música de la selva.

"Este bosque es puro", pensaba el hombre; "sus peligros son para el alma; se hallan en el ansia que despierta esta luz y en las tribus de seres invisibles que parecieran habitarlo".

Su caballo, con una estrella blanca en la frente, quizás viera los fantasmas, pues dilata sus narices y relincha. Toma un sendero que atraviesa un claro y le conduce fuera del bosque. En el horizonte, al final del valle, se extienden las cumbres nevadas de los Andes.

Al atardecer, el hombre se detiene. Amarra su cabalgadura en la rama de un árbol y comienza a escalar en dirección de una abertura en la pared del monte. Ve que una sombra baja en su dirección, con los brazos extendidos. La cubre un poncho que flota en la brisa del crepúsculo. Es un anciano de barba y cabellos largos. Al encontrarle, a mitad de la pendiente, parece no verle. Sus manos se posan primero en sus hombros, luego suben hasta su rostro y lo recorren. Se detienen en su pelo.

El siente una extraña emoción, como si esto le hubiera sucedido antes y esas manos modelaran su rostro alguna vez.

* * *

Están ahora sentados junto al fuego. El viejo tiene los ojos azules y muertos. El hombre habla:

-No me extraña que seas ciego, pero sí que seas blanco. Pensé encontrar aquí a un mapuche, de pelo hirsuto.

-Deberás explicarme a qué has venido -dice el viejo.

-Me contaron que en el sur vivía un hierbatero. Busco la yerba de la salud, para llevársela a una amiga. Quizás exista una raíz medicinal que pueda salvarla.

-No hay yerba que lo pueda. Su enfermedad tiene que ver con la sangre que se derrama. Las yerbas y los metales se relacionan con los órganos del cuerpo. La pulmonaria es fibrosa. El copihue es una campánula de sangre. La rosa es sangre coagulada. En algún lugar de esta cordillera, hay un muerto con una rosa en el pecho...

-He venido en busca de la medicina...

-La loica tiene la pechuga roja y me ayuda a encontrar el remedio. No se hace necesario que se lo lleves, ni que ella lo beba. Bastará que toques la yerba, y, luego, pongas tu mano sobre su pecho. La enfermedad no está en el cuerpo visible, sino en los otros. Es un desequilibrio entre los cuerpos y los soplos que los unen, un desconcierto de las corrientes. También los astros tienen que ver en todo esto. ¿Cuál es la piedra de tu amiga?

-El topacio.

-Del Polo Sur se desprende una corriente de color anaranjada. Este Polo representa los órganos sexuales de la tierra. También el lado izquierdo del hombre despide una luz anaranjada.

-Me extraña que sea un blanco...

-También Quetzalcoatl era blanco... ¿Conoces el verdadero nombre de América? Es Albania, tierra blanca, de los dioses blancos. En Albania se oculta un tesoro que no es material; es un oro que se bebe... ¿No es esto lo que tu buscas para tu amiga? Se lo darás a beber mejor cuando esté muerta... Hay dos caminos; uno es seco y es más corto. El otro es el camino húmedo y es más difícil, porque es el de las lágrimas

Calló el anciano.

El hombre recordaba: "En alguna parte he comido hojas de oro y plata. Hay un país donde se come oro y plata."

El batir de las llamas acentuaba las sombras huidizas en el rostro del anciano.

-Llévale esta flor, crecida en el fuegoo.

* * *

El hombre marchaba despacio por la ciudad. Atardecía sobre las cumbres cercanas. Llegó a la puerta de la casa al anochecer. Ella salió y le condujo de la mano por el pasillo en penumbra.

Los unía un amor de iniciados, la búsqueda de un sentido mítico de la vida. Ella pertenecía a una Orden distinta de la suya; pero, de algún modo, en el origen, sus destinos parecían haberse juntado. Ahora se acercaban a un punto don de había un cruce de caminos.

La llevó a su dormitorio y la recostó sobre el lecho. La cubría una camisa blanca. Un cintillo de plata sostenía sus cabellos dorados. Levantó sus brazos para ordenarlos. Sus manos, de largos y nerviosos dedos, se perdieron un momento entre los hilos suaves. Se quedó meditando, como ausente. De este modo, le miró. El conocía bien esa mirada singular que, de tarde en tarde, se posaba en su rostro.

-¿Dónde has ido?

-Al sur. Encontré a un ermitaño, quien me dio esta flor para ti. Es una flor que no se deshoja.

-¿Qué te dijo?

-Que América se llama Albania, tierra dde los dioses blancos, de Quetzalcoatl, de Kontiki, de Viracocha. ¿Has oído esto antes?

-Sí.

-Me gustaría saber más -dijo él.

Estaba sentado sobre el lecho. Ella le tomó la mano.

-En el Libro de Enoch, que es un libro escrito antes del Diluvio, se cuenta de una raza de hombres de cabellos como la lana y de piel transparente. Esa raza no procede de la tierra, viene de otros mundos. Hay así dos razas; unas, la de los hijos de la tierra; otra, la de los hijos de la luz y de los astros. Enoch es llevado de la tierra en un carro de fuego. Tal vez los gigantes, que también mencionan las antiguas escrituras, fueran los primeros viajeros de otros mundos. Construyen los monumentos de piedra de Tihuanacu, de la Isla de Pascua, de Bretaña, de Stonehenge y tantos otros. Ayudan a modelar la tierra y los continentes; el Cabo de Hornos y sus pilares es obra de ellos; también, Nan Matal en el Pacífico, cerca de las Islas Carolinas, donde existen hasta cincuenta islas artificiales. Sus pisadas forman los primeros valles y cimas. Los gigantes eran

hermafroditas, portaban la mujer en su corazón. Su costado derecho despedía un color azul; su costado izquierdo, un color anaranjado. Pero algo desconocido aconteció, un hecho que no se sabe a ciencia cierta. Quizás una luna cayó del cielo; lo que no deja de ser extraño, porque los gigantes podían dirigir el curso de los astros con el poder de sus mentes. Hubo un sol y una luna antiguos, ya desaparecidos. Con la venida del nuevo sol, los gigantes emigraron de la tierra. Aquellos que no alcanzaron a hacerlo, o que no quisieron partir, prendados de este astro, se ocultaron dentro de las cordilleras. Allí esperan el retorno del antiguo sol. Dícese también que la catástrofe se produce cuando los gigantes se enamoran de las hijas de los hombres, dejando de ser hermafroditas. Expulsan a la mujer de su costado y dan existencia a una raza dual, sólo con un alma extraterrestre. De este modo, hay dos razas sobre la tierra. La primera gran civilización que aún conserva el contacto con los guías extraterrestres, por medio de una energía llamada Vril, se desarrolla en un continente del norte, en una isla polar. Está rodeada de montañas de hielo transparente, como de cristal, con un oasis verde en su centro. Sus hombres tienen la piel blanca y el pelo como de lana. La cabellera dorada de las mujeres flotaba al viento de esos siglos. Las sacerdotisas eran clarividentes y mantenían la comunicación con los extraterrestres. El talismán que indicaba su jerarquía era la piedra de luna, también la esmeralda, piedra de Venus. Enseñaban el camino del amor mágico, el que lleva de regreso a la tierra de los gigantes, la marcha hacia atrás del peregrino, del hijo pródigo, en busca del hogar antiguo, remontando el tiempo. Mas, esta alta civilización también desaparece. Los hielos se hacen inhabitables, se eclipsa la isla de los hiperbóricos, la legendaria Tule.

-Tal vez allí estuviese el Jardín con mmanzanas de oro, habitado por animales sonrientes...

-Los animales estaban en el corazón dell hombre... Pero no todos los hiperbóreos perecen. Emigran hacia dos ciudades secretas de los Himalayas, Agarthi y Shampula. En la primera se enseñaba el camino del amor mágico, que se prolonga a través de los astros. En Agarthi se guardaba la piedra de esmeralda, en la que se grabó la sabiduría de los antiguos. En Shampula se practicaba la magia de los gigantes que hizo posible las construcciones megalíticas, los pilares del Cabo de Hornos, las islas del Pacífico, la puerta del templo de Kalasasaya, los rostros de roca en las altas cumbres, la distribución de mares y continentes y el dominio de esa fuerza o energía capaz de construir y destruir los mundos. Se aspiraba en Shampula a producir una mutación en la especie que permitiera volver a lo que fue antes de la mezcla con los hijos de los hombres... Como tú comprenderás, esta leyenda es simbólica y señala un camino de ascensión interior. Los cuerpos blancos, transparentes, los cabellos de lana, el oro del pelo de las sacerdotisas del hielo, no son cosas de este mundo, ni se refieren a cuerpos materiales, sino a los cuerpos invisibles. Al dar un sentido puramente material a la leyenda, interpretando literalmente el retorno al hogar perdido, se corre peligro de destruirlo todo.

Estaba cansada y su respiración se hacía difícil; pero su mirada abarcaba la noche del cuarto.

-Aquí, en el sur del mundo, la Ciudad ttiene diferentes nombres. Ha sido llamada De Los Césares, Trapalanda, Paitete, Elelin y Gran Quivira. Algunos de los Conquistadores españoles creían en su existencia y venían en su búsqueda, más que de un tesoro material. Persiguieron la Ciudad hacia los hielos del Gran Sur, allí donde se encuentra el Occidente Secreto...

Dejó un momento de hablar. Luego, dijo:

-Debes prometerme que buscarás la Ciudaad. Porque sólo un número preciso entrará en ella. Cuando un elegido pierde la ruta, algún otro viene a ocupar su lugar. Alguien que se introduce subrepticamente, apropiándose su rostro...

* * *

A pesar de lo avanzado de la hora, el hombre se dirigió a la casa de su Maestro. Tenía la impresión de que estaba esperándole y se hallaba al corriente de su conversación con el ermitaño y la mujer. Sentía la imperiosa

necesidad de confirmarlo.

Se detuvo en el umbral, dudando; pero la puerta se abrió. El Maestro estaba allí, y se apartó para dejarle pasar.

De nuevo en el pequeño gabinete de trabajo del Maestro. Sobre un atril se abría el Libro de la Orden. En él se guardaban los nombres de los miembros de la rama andina, también el suyo, escrito por la mano del Maestro.

Con dificultad, a causa de la luminosidad intensa que aquella noche desprendía el Maestro, púsose a contemplar su rostro. Su estatura era mediana, ni alto ni bajo, equilibrado. Los rasgos de su rostro expresaban la voluntad y la nobleza.

-Maestro debo referirte mis experiencias. Hace tiempo que no te he visto y ansío poder confirmarlas en tu presencia.

El maestro asintió con la cabeza.

El hombre le narró su conversación con el ermitaño y también lo que le refiriera su amiga. Pasó, luego a explicarle la enfermedad que la aquejaba, con la esperanza de que el Maestro la ayudara.

El Maestro permaneció en silencio, observándole sin expresión. Su bondad prescindía de lo humano, demasiado humano.

-La mujer desacraliza. Somos una Orden de guerreros. Los temas del corazón, por vividos intensamente, ya debieran haber sido superados. El hombre es dual, lleva la mujer dentro. El cuerpo sutil es femenino en el hombre y masculino en la mujer. Ni el hombre iniciado necesita la mujer fuera, ni la mujer iniciada necesita el hombre. Pueden bastarse a sí mismo. ¿Qué significa para nosotros esa leyenda de la boda mágica, del camino húmedo? Creo que estás comprendiendo mal un símbolo y corres el peligro de perder tu tiempo terrestre. El matrimonio deberá ser adentro. A nuestra Orden de guerreros no le interesa la doctrina. Solamente la acción en los planos suprasensibles; guerra en este mundo y en los otros; guerra contigo mismo, con las proyecciones de tu mente, para alcanzar la realidad última del ser y recuperar al hombre-total, al hombre-dios, al hombre-mago, que es otra cosa que el místico o el santo. Somos una Orden de magos activos, no de místicos. Te he dado la espada y el signo. Combate. Eso es todo. Los signos de la Orden son apropiados para producir la mutación, porque actúan en los diversos mundos, simultáneamente, en los planos invisibles y en los tiempos paralelos. Sus trazos ligan los universos, su vibración establece un pacto. Nada más necesitas conocer. Dibuja sobre tu pecho el último signo que te he entregado, concéntrate firmemente en el entrecejo, detén todo pensamiento, todo deseo, abre el tercer ojo y despréndete con tu cuerpo menta. El signo te proyectará al plano que le corresponde. Te llevará junto a los Sidhas de Agarthi y la Ciudad de los Césares. Porta contigo la espada para combatir a las fuerzas enemigas que se te cruzarán en el camino. Con nuestro batallar, evitaremos por un tiempo la catástrofe que se aproxima; hasta que el número preciso haya penetrado por la gran puerta, por las tres puertas abiertas en dirección del Occidente Secreto, donde la luz física muere y nace la luz espiritual. Esas tres puertas por las que tú y yo saliéramos antaño...

* * *

No podía dormir. Dábase vueltas en el lecho sin lograrlo. Cuando la luz del amanecer se filtraba por la ventana, cayó en un sueño liviano. Se le apareció un joven que portaba una flor. Era bello, de amplia frente. Llegó hasta el borde del lecho y le tocó el pecho con la flor. Se inclinó y le besó en la mejilla. Un perfume de infancia llenó su cuarto. "¿Quién eres?", preguntó. "Soy tu amigo de la niñez", respondió. "Mi cuerpo ha crecido, pero mi alma sigue siendo la de un niño. Ámala a ella con la pureza de este beso que te devuelvo." Desapareció el joven, y él se vio en su infancia, escalando un roquerío en compañía de una muchacha de su edad. De pronto, la muchacha pierde el apoyo sobre la roca. La sostiene, hasta que su mano se va abriendo, poco a poco. Y cuando la muchacha cae, ve los ojos enormes prendidos de los suyos, con toda su vida

concentrada en su mirada, traspasándosela antes de desaparecer. Siente la intensidad de su terror.

Despertó agitándose en el lecho. Se sumió de nuevo en un sueño sin imágenes, del que salió ya avanzada la tarde.

Se vistió de prisa.

Por la calle iba recordando sus sueños. Cuando niño, había besado en la mejilla a un compañero de juegos, con ese mismo beso que un adolescente le devolvía ahora. El sueño de la muchacha sobre la roca se repetía a menudo, aún cuando nunca sucediera en realidad. Se preguntaba si no habría acontecido en otra existencia. A veces tenía la impresión de que la vida en la tierra carecía de inherencia, siendo menos real que alguna otra que le estaba sucediendo al mismo tiempo, en distinto lugar. Tenía la rara sensación de que alguien, que no era él mismo, estaba soñando su vida. Sin embargo, creía reconocer a la muchacha el sueño. Fue su compañera de juegos de infancia. Escaló con ella los cerros de los Andes. Era como un amigo que le acompañaba, le protegía y se esforzaba por ganar su admiración y confianza. Tenía grandes ojos oscuros en un rostro pálido y su pelo era negro como agua de la noche. Al desprenderse de la roca, su cabellera flotaba largo rato.

"Siempre el amor mezclado con la muerte", se decía. "Nunca he podido olvidar a esta muchacha. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Se encontrará al fondo de cierto abismo? Hay como un amor muerto antes de haber yo nacido. He sido como traído aquí por un amor anterior a mi mismo. Sus imágenes circulan por mi sangre. Soy prisionero de ese Mito, que me es transmitido por legendarios antepasados. No puedo renunciar a él sin renunciar a un mandato de las profundidades. Es como una idea que pugna por expresarse, como un ángel que me pide asilo. ¿Le cerraré la puerta?"

Se encontraba de nuevo frente a la casa de su amiga. La puerta se hallaba entreabierta. Tuvo un presentimiento, y entró rápido.

Estaba inmóvil sobre el lecho y tenía su sangre en sus labios y en la camisa de noche. Muy pálida y con una expresión semejante a la de la muchacha cayéndose desde la roca.

Se inclinó sobre su amiga, le acarició los cabellos y besó sus labios. Sintió un sabor de miel amarga, y bebió un poco de su sangre.

Trajo una toalla y una jofaina con agua. Le lavó el rostro y las manos.

Ella dijo, con voz débil:

-Hablamos mucho anoche. Me ha hecho mall. Ahora ya somos hermanos; has bebido mi sangre. Debes darme también de la tuya. Antes de existir el amor entre hombre y mujer, existió el amor entre guerreros; hermanización por el intercambio de sangres. Quienes han intercambiado sus sangres sólo pueden amarse en las almas, están ligados por la eternidad. Es extraño comprender cómo el destino nos lleva de la mano, igual que a sonámbulos que ya no pueden equivocarse sus pasos... Estoy llena de sangre, la tengo en mi pecho, en mis brazos. ¿Me bañarías? Soy incapaz de hacerlo yo misma.

Tomó a la mujer en sus brazos. Su cabeza se reclinó sobre su hombro y su cabello se le derramó sobre el pecho.

La transportó con cuidado hasta el baño y le dejó de pie junto al espejo. Le retiró la camisa de noche. Ella se contempló desnuda.

-Ya no podré amar con este cuerpo. Pero el cuerpo visible será cada vez menos necesario. El amor deberá

consumarse con los otros cuerpos.

Tenía el cuello largo y fino, los hombros rectos, el pecho erguido. Sus brazos caían a sus costados en actitud de desamparo. Las piernas eran esbeltas, como caminos. El no veía sangre en aquel cuerpo. Extrañamente, sólo en los pies y en las palmas de las manos la había, como si la mujer hubiera sido crucificada.

Con dificultad, pudo moverse para tomar de nuevo en sus brazos el cuerpo. Y lo dejó caer lentamente en el baño.

Empezó a lavar a su amiga.

Ella fijó en él su mirada lejana.

-Aquí -dijo-

Le estaba indicando su costado, a la altura del pecho.

Una mancha blanca parecía atravesarla, como la herida de una lanza.

Ella posó la mano sobre sus cabellos:

-Desnúdate, entra al baño conmigo.

Se tomaron de la mano y permanecieron inmóviles en el agua.

-Cuando yo muera. Tú me llevarás dentro, yo seré tú; viviré en ti. Te hundirán conmigo en la tumba. Tu alma será yo; tu alma tendrá mi rostro y mi cuerpo. Es lo que tu Maestro no te ha revelado. Tu alma aún no tiene rostro. Llegará a tener el mío. Así será persona, será yo. Le daré mi eternidad. Tu alma podrá desposarse consigo misma. La boda se cumple en la Estrella de la Mañana. Mientras pasa la noche y se cumple el destino, hablemos de amor. La flor del amor se va muriendo para siempre; las nuevas generaciones no la conocerán. Se le ha robado su misterio, su pudor, su timidez divina... Has bebido mi sangre y ya somos dos hermanos. Mi forma ya transita por tu sangre. Todo esto que en la tierra es una vez y nunca más... Si Dios lo quiere, te amaré aún más estando muerta...

-Pienso que ya ha amado así alguna vez -dijo él-, a una sacerdotisa, o a una mujer que dormía dentro de una montaña. ¿Serás tú misma? ¿Se repetirá todo eternamente? ¿Es esta la reencarnación? ¿Volveremos a encontrarnos, sin memoria, sin tiempo?

-Nunca he sido antes y no volveré a serlo. Una vez y nunca más. Y esto es ya definitivo, en el fondo, en el centro de las cosas... Cuando me haya ido, alguien que también va por tu sangre, te enseñará, sin palabras, lo que es la reencarnación y lo que puedes lograr de ella. ¿No has pensado que el hilván de las historias se encuentre en el narrador? Únicamente el ángel del amor es. El dios del amor. Por él vivimos y morimos. Sólo en él seremos eternamente, prestándonos a la revelación de sus designios, que él desconoce, porque sólo a través nuestro se le harán visibles... Ese dios es la Estrella de la Mañana, el Astro de El-Ella. Contemplémoslo...

Amanecía. En una ventanita alta apareció el Lucero del Alba y dejó caer su luz honda, humedecida.

-Oremos -dijo ella-. Te enseñaré su oración, para que le repitas cuando yo no esté más. Dila con unción. Vendré en su luz...

* * *

Recibió una carta:

"Es muy tarde. No puedo dormir. Me voy, parto. No sueltes mi mano. Tengo puesta mi fe en ti, sé que me ayudarás y no dejarás que me muera totalmente. Sálvame. Hazme caer en ti, no es la nada. Comprendo que ya no es posible cambiar el destino, que las leyendas del camino que hemos elegido son inmutables. Deberé morir para que tú vivas. Para que El viva, para que el amor se alimente. Si yo viviera, ¿qué pasaría? Un amor más destruido al paso de los días, cambiado en indiferencia. La ley de la tierra haría surgir en mí la madre que devora. Cumpliríase así la predicción de tu Maestro. Pero El no lo quiere. El no lo permitirá. Siento que el destino de la amante es renunciar a su eternidad para dársela al amado. Te entregaré mi eternidad. Caeré en tu alma y le daré mi rostro. Así me conservaré eternamente joven. Y cuando tu mueras, caerás en tu alma como dentro de mí... Despóstate conmigo, allí dentro. Si tu fracasas, si tu no llegas, todo habrá sido en vano. Y el ángel del amor ya no conocerá su rostro.. Estoy muy cansada. Ven mañana a visitarme. Tenemos que cumplir un último rito."

* * *

Con su camisa larga y blanca, que le dejaba al descubierto sólo los pies desnudos y con su cintillo de plata en los cabellos, se hallaba en el centro de la habitación. Junto a ella había una talla de madera roja, un hombre de tamaño natural, con alas plegadas a los costados. Sobre el lecho, un corazón también con alas, de la misma madera roja.

-Tiéndete en mi lecho, ocupa mi lugar. Deja que mis vibraciones te penetren. Duerme. Este corazón con alas es el nuestro; es hombre y mujer. Vuela. Conoce el camino de regreso a la Estrella.

Sobre el lecho, con los ojos cerrados, él sintió que le pasaba suavemente las manos por la frente. Mientras iba adormeciéndose, oyó que le decía:

-El amor no es de dos, es de cuatro... Uno, dos, tres... Primero amas con el cuerpo visible; el hombre que eres la mujer que soy. Luego, la mujer que hay en tu alma busca al hombre que hay en la mía. En este amor, estéril hacia fuera, mi alma preña a la tuya, y das a luz el hijo de la eternidad; un ser con alas, un corazón alado... Uno, dos, tres, cuatro... ¿Dónde está el cinco? El cinco es nuestro hijo, el hombre con alas, el hombre-pájaro. También es el hijo de la muerte... Uno, dos, tres...

Mientras la oía contar, cada vez más distante, le pareció que ella crecía y se llenaba de luz. Hubo una explosión de luz en el cuarto. La mujer se inclinaba sobre el lecho, llevando en una mano un puñal. Lo hundía en su pecho y le extraía el corazón. En su lugar, colocaba el corazón con alas.

* * *

Tenía los ojos cada vez más llenos de otro universo.

Una noche le llamó a su lado:

-¿Sabías que cuando un metal entra al fuego pierde una substancia esencial? Por eso el fuego tiene que ser frío. El fuego helado de la muerte...

Un ruido en el dormitorio, como si alguien abriese una puerta y caminase con los pies descalzos. Ella está erguida sobre el lecho, con los brazos extendidos, los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en un rincón del dormitorio.

Se está cayendo desde la roca.

* * *

Bajaron el cadáver a la tumba. El hombre se alejó por el sendero. De pronto, creyó escuchar una voz que le decía: "No te vayas, no me dejes sola". Retornó al borde de la tumba, bajo el sol del mediodía. Sintió que una corriente surgía del suelo y lo alcanzaba, penetrando lentamente en su cuerpo. Era como una vibración que ascendía en oleadas. Largo rato estuvo allí, inmóvil, sin pensamientos, dejándose tomar por esa fuerza, hasta que, poco a poco, se extinguió. Tal vez fuera el espíritu de la sangre, o una energía restante que ella le entregaba. Comprendió que era la boda, el matrimonio al borde de la tumba.

* * *

El hombre pasó muchos años recorriendo el reino del sur, en busca de la Ciudad encantada de los Andes. Primero, le tomó esa corriente que tira hacia los extremos, hacia abajo, siempre más abajo, hacia el Polo. Buscó allí "la Isla Blanca que está en el Cielo", de la que hablan los magos selcnam de la Tierra del Fuego. Ellos creen que a la Ciudad sólo se puede entrar con el cuerpo invisible, que llaman huaiyuhuen. En la Antártida buscó el Oasis de aguas templadas, que se halla entre los hielos, y el sol blanco, el fuego frío, que existió una vez en el Polo Norte y hoy se encuentra en el Polo Sur.

Y un día, volvió a desandar lentamente el camino recorrido, al paso tardo de su caballo con una estrella en la frente. Imaginaba que su amiga le acompañaba. Y le decía:

-No nos desanimemos. A la vuelta de aquel recodo aparecerá la ciudad. Alguien nos dará su derrotero. Quizás el ermitaño.

Sí, el ermitaño. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Cruzó la selva y se encontró de nuevo a la entrada de la cueva del monte. Siguió hasta el fondo, donde los hombres de la prehistoria trazaban signos y pinturas rupestres. Comenzó a limpiar el muro de roca con sus manos.

"Aquí tiene que estar el rostro", se decía, "aquí estaba en otro tiempo".

Al salir de la cueva tropezó con un montón de huesos. Era el esqueleto del Milodón.

Afuera la esperaba un chamán araucano. Tenía la lengua partida y le costaba hablar. El hombre le preguntó por el ermitaño.

-¿Qué ermitaño? Te he visto antes aquí;; pero entonces venías solo. Hoy vienes acompañado. ¿Quién es esa mujer que traes a la grupa? Pensé que fueras Witranalwe, el que monta un caballo que crece y crece.

-¿Dónde está el ermitaño que habitaba eesta cueva? Era blanco. Un ancahuinca, como dirían ustedes.

-Nunca ha vivido aquí un ermitaño. Recuerdo, en cambio, que te ví hablando con el aire; puede que con el fantasma del Milodón. ¿Se te habrá metido en el cuerpo Anchimallen, la enana de boca luminosa? Es posible que seas el Imbunche, pues te veo marchar para atrás; llevas los pies de revés.

Se alejó del indio y se encontró de nuevo en medio de la selva antigua, buscando por sus vericuetos enmarañados. Las altas ramas dejaban pasar la luz tamizada; sus rayos se abrían como los dedos de una mano sobre el verde de los helechos, el blanco y rojo de los copihues. El olor del raulí, del mañío, de la araucaria, del eucaliptus salvaje le hacían sentirse como ebrio. Descendió de su cabalgadura y se sentó sobre un colchón de hojas. En algún sitio, el pájaro carpintero perforaba la piel de la madera. Frente al hombre, un enorme

tronco derribado unía las riberas de un río seco. Estuvo contemplándolo hasta que vio venir sobre él a una niña de no más de ocho años, vistiendo un delantal de pintas celestes.

Cruzó la niña el gigantesco tronco y se detuvo junto al hombre. Le miró de un modo que él reconocía.

-He venido a encontrarte, cruzando desde la otra orilla. Tu deberás hacerlo en sentido opuesto. Sigue buscando.

Antes del atardecer, el hombre llegó junto a una laguna cercada por grandes rocas. Una cascada caía con suave ruido. Se desnudó y entró en el agua. La muerta nadó a su lado. Se aproximaron a la cascada. Había allí una semipenumbra y el agua se movía en círculos verde-oscuro. Se dejó llevar por los círculos concéntricos y se encontró en una caverna abierta en la roca, deslizándose con el agua, con los helechos y los dedos largos de la luz. Del techo descendían agujas de piedra. Se tomó de una de ellas, porque al fondo se hacía la oscuridad. Sobre un saliente de la pared rocosa hallábase depositado un copihue rojo. "Es un signo", pensó. Y no se atrevió a tocarlo. Se volvió, buscando a la muerta, pero no la encontró. "Tal vez ha seguido hasta el fondo oscuro de la caverna", se dijo, "o ha salido, llevada por la corriente opuesta".

Nadó afuera de la gruta y fue a buscarla junto a la cascada. Temía que hubiera sido arrastrada al fondo de la laguna por los círculos concéntricos y se ahogara.

Salió a la orilla y se vistió. Una duda le torturaba: Si hubiera seguido hasta el final de la caverna, dejándose guiar por la corriente, quizás la luz se hiciera, al cruzar esa oscuridad; una luz nueva, distinta. Tal vez allí estuviera la Ciudad.

* * *

Así, un día, se encontró frente a la casa de sus antepasados. Antaño esta casa abarcó grandes extensiones. Sus muros tienen varios siglos y los subterráneos no han sido nunca totalmente recorridos, por lo menos en nuestro tiempo. Allí abajo, los pilares se amarran como correas ya podridas. También hay cadenas y esqueletos. Se cree que estos subterráneos se prolonguen hasta los Andes, también hasta la plaza central de la ciudad.

Cruzó el viejo portal y recorrió zaguanes y patios, más antiguos a medida que progresaba hacia Oriente. Se topó con servidores ancianos, de más de un siglo, que tomaban el sol sentados en sillas desvencijadas, en hornacinas cubiertas por la hiedra. Se les dejaba vivir allí porque ya eran parte de la tradición de la casa, como los muebles y los cuadros de las habitaciones.

El hombre pidió abrigo. Se le dio una pieza junto a los pasillos de la planta alta, frente a uno de los viejos patios. En el cuarto había una mesa con un candelabro, un gran armario, una silla de alto respaldo, un lecho angosto con baldaquino. En el muro, un cuadro de un antepasado. Podía verse sobre la mesa un libro empastado en piel, con cerradura mohosa.

Se tendió sobre el lecho y estuvo allí varios días, sin moverse, con la vista fija en el terciopelo apolillado de los cortinajes. A veces, dormitaba. Nunca vino nadie a visitarle, ni le trajo alimento. Entre sueños, imaginaba encontrarse sobre la roca, batallando por salvar a la muchacha que se caía. Se mantuvo sereno ahora, mirándole al rostro intensamente para descubrir la identidad y captar sus emociones. Descubrió que la muchacha no sufría, insinuándose en su rostro una sonrisa de complicidad, que se fue acentuando hasta convertirse en mueca de rabia impotente. El rostro se rompió en ecos. Y no volvió más.

Se levantó del lecho, con la espada en la mano, y se sentó en el sillón de alto respaldo, mirando en dirección del cuadro. Detuvo todo el pensamiento.

Ondas fueron subiendo desde el piso, hasta llenar el cuarto. Frente a sus ojos se formó un tubo cilíndrico, que empezó a girar. En su extremo opuesto apareció una luz azul. Una figura diminuta se venía acercando por su interior. La figura se inmobilizó, se apagó la luz y desapareció el cilindro. Junto a él se hallaba el antepasado. Vestía hábito sacerdotal. Una emanación de la piel, un tirón emocional de las raíces. Se reconocía en esas manos, en sus venas marcadas, en el aspecto de aquella presencia. Le envolvió un hálito de la estirpe, una viril ternura de familia. Sin embargo, estaba descubriendo en el rostro ciertos rasgos como prestados, que le recordaban a alguien de otro país.

El antepasado escrutó detenidamente su rostro. Abrió su vieja boca y dijo:

-Sí. Es el camino húmedo, el de las lágrimas; bien lo reconozco.

El le interrogó:

-Tal vez puedas ilustrarme. ¿Cómo es que estoy viendo en ti a otro? ¿Por qué suelo ver a dos en uno, y hasta tres? ¿Es esto la reencarnación? Tengo el sentimiento de que lo que hoy vivo ya se cumplió antes, en otro paisaje y tiempo. Los personajes se repiten, en un eterno retorno; la historia se ahonda, aumentando su intensidad.

-De eso que llamas reencarnación hablarremos luego; aunque en propiedad yo no deba hacerlo.

-Te explicaré cómo entiendo la reencarnación -continuó él-. A los cuatro años de edad, más o menos, comencé a sentirme yo. Contemplaba a las otras personas y me decía: ¿Es posible que ellas también se sientan yo, de idéntica manera? A través de los años he ido dándole vuelta a este sentimiento-pensamiento, confrontándolo con la experiencia vivida. Y me he dicho: Si el yo se acaba con la muerte, no quiere ello decir que. Algún día, alguna vez, alguien, de nuevo, no vaya a sentirse yo, tal como hoy me siento yo.. .Yo, yo... ¿Entiendes? Y este yo, lo seré yo mismo. Porque no puedo entender que nadie se sienta yo de este mismo modo, sino yo mismo. E igual te habrá acontecido a ti y los demás, pienso. Ese yo, que alguna vez volverá a sentirse alguien, en algún lugar del universo, seré yo... Esta es para mí la reencarnación. Comprendo que es un pensamiento-sensación intransferible. He tratado muchas veces de explicarlo, pero sin mayor éxito...

-¿Por qué ese yo no puede acabarse para siempre? -replicó el antepasado-. ¿No repetirse nunca más? Una vez y nunca más. Y ya nadie volverá a sentirse tú; es decir, yo. Ese yo se acabó. Los que vienen son otros; también los que se quedan. El hecho de que ahora me encuentre aquí, hablándote, no prueba nada. Adivino tu pensamiento. No creas que ello pruebe la supervivencia del yo, ni que algo perdure más allá de la muerte. En lo que a la reencarnación se refiere, no hay más que lo que va por el río de la sangre. Únicamente aquí hay supervivencia, sólo aquí se vuelve y se reencarna. En la medida en que tú te incorporas conscientemente a ese río, percibes una melodía inaudible que va por su corriente, que se hace cada vez más clara en el transcurrir de las generaciones, aproximándose a su culminación. Ella te eleva sobre la vida transitoria y el yo mortal, para hacerte vivir en un Arquetipo de familia, que tal vez se encuentre ya fuera del tiempo y del espacio, en las venas de las constelaciones. Hay, por así decirlo, una suerte de átomo-simiente en la raíz de la sangre, del cual se obtienen expresiones más claras o más borrosas, según sea la fuerza del retoño y el sentido que puso en el cumplimiento del destino algún predecesor. Ese argumento, esa melodía que se repite, que gira, que tiende a su realización y que tú expresarás mejor o peor, es lo que se ha pensado como reencarnación. De este modo, yo reencarno, sobrevivo en ti. Porque ambos hemos percibido la melodía inaudible para muchos... Como podrás ver, tampoco hay reencarnación para todos.

-¿Quieres decirme que el sueño de amor eterno es la melodía que nuestra familia viene interpretando, porque nuestro Espíritu-Guía así nos lo ordena?

-Nuestra familia, vieja de siglos, viene viajando hacia el Occidente Secreto. Los nuestros recibieron su

herencia de esa parte de la humanidad que no es aquí. Tú eres el último en llegar a esta casa y es posible que seas también el retoño de una rama que se seca. Es al final de una estirpe cuando puede cumplirse mejor el destino. En ti vamos todos nuevamente, amando, aspirando, sufriendo. Sólo tú puedes abrir el sepulcro y traernos a la luz del día. Pero no creas que eres el único. También yo amé así, y mi padre y mi abuelo. La renunciación al amor carnal, la búsqueda del amor eterno, mezclado con el ansia de la muerte, es el tema de esta melodía obsesionante. En nuestra sangre hay todo un camino de iniciación individual, que se perdió en los siglos. Nuestra familia ha tenido por misión reencontrarlo y darle cumplimiento, antes del final que se aproxima y que reducirá a polvo esta vieja mansión de tus antepasados.

* * *

Se fue el pariente, se esfumó. Sólo quedó el cuadro sobre el muro, que únicamente en parte se le parecía, porque los muertos se parecen poco a los vivos.

El hombre tenía hambre.

Se abrió la puerta del cuarto y entró, sin hacer ruido, una sombra. Era uno de los viejos servidores, que traía una bandeja con viandas.

-El señor me manda servirle. En los tiempos de Monseñor se servían más de siete platos diferentes. Hoy todo es distinto. Nadie me paga ya en escudos de oro, sonantes y contantes. Sin embargo, sigo aquí, porque aquí he estado siempre. No recuerdo que exista otro lugar fuera de éste donde yo haya estado.

-No digas eso -le reprochó el hombre-. Bien sabes que nos hemos encontrado en otros sitios. No quiero tus viandas, mi hambre no es física. ¡Guíame, como antaño, mi fiel amigo, hasta donde ella se encuentra!

-¡Ven! -dijo el viejo,

Marcharon por los corredores hasta alcanzar a uno de los patios, donde la hierba subía por los muros y soportales de madera carcomida. Un sol de atardecer lamía las cancelas y se apegaba a los umbrales. Nada allí era simétrico.

El viejo golpeó las manos. De los aposentos salieron mujeres vestidas con mantos negros y choapinos descoloridos. Se pusieron a reír y a batir las manos.

-Ha vuelto el niño -decían-. Viene a jugar con nosotras.

Son las yewulfes -explicó el viejo-. ¿No las recuerdas? También yo soy un yewulfe.

-¿Qué es eso?

-Ayudante, ayudante, en el juego. ¡Tu llo sabes!

Gritaban y saltaban en la luz mortecina.

-Vamos a jugar con el niño al maumillánn. ¡Cubrámosle los ojos on una venda!

Le vendaron los ojos y le dieron vueltas, empujándole en círculo. Reían sin control.

El les imploró que le quitaran la venda.

-No; deberás decirnos qué andas buscando...

-¿Dónde está, dónde me la han escondido?

Le quitaron la venda y le hicieron entrar en uno de los cuartos. Allí había otras mujeres junto a un kutralwe, o fogón encendido. Se cubrían el rostro con kollones, máscaras de madera, y tejían chañuntukus. Una de ellas explicó:

-Estamos tejiendo para tu novia un mantto de desposada. Te casarás en el napitún, robando una novia. Estamos tejiendo tu alma. El alma deberá ser tejida y es un chañuntuku, un choapino. ¿Cómo lo quieres? Elige los colores.

Otra le mostró unas grandes tijeras.

-Con estas tijeras le corté el cordón de la vida. Yo fui quien se lo cortó.

Y rió detrás de su máscara.

El tuvo una sospecha. Le arrebató la máscara. Apareció el rostro de la muchacha que caía al abismo, riendo, haciendo muecas. Se deshizo en una explosión y dejó un hueco negro, un cuerpo sin rostro.

* * *

Volvió el pariente.

-Has hecho mal en ir a visitar la casa sin mi autorización -le reprochó-. Soy yo quien debe acompañarte. ¿No sabes qué es la casa, la casa de tus antepasados? ¿Deseas que te lo explique? Es tu cuerpo. Ahora te hallas aquí, en el dormitorio.

El pariente le puso su dedo nudoso en el vientre.

-Antes de ascender a la torre, tienes que bajar a los subterráneos. En verdad, no hay arriba ni abajo; por ambos extremos te es dado salir. Mas, primero, debemos visitar al Gran Antepasado y obtener su bendición.

-Seamos precisos -dijo él-, nada me interesa si no es ella. ¿Te imploro que me des una luz de esperanza! ¿Cómo puedo volver a encontrarla? He perdido su fantasma...

-Es la segunda muerte. Interum mori. See está muriendo por Segunda vez; su cuerpo etérico empieza a desintegrarse. Si la vieras ahora seguramente no la reconocerías. Por mucho tiempo llevará máscara, para no espantarte.

"Como en el Libro Tibetano de los Muertos" reflexionó el hombre. "Se avanza de descomposición en descomposición".

-¡No te ciñas a libros! También yo los escribí. Allí, sobre la mesa, he dejado uno. Lleva por título "El Derecho Natural".

El antepasado tomó el libro y lo abrió con displicencia. Empezó a leerle:

-"El verdadero amor no sobrevive a su realización. Es un acuerdo secreto, una unión de corazones en el plano de las mentes. La verdadera unión es sólo posible en sueños"... Mi libro se llama "El Derecho Natural". Te leeré un poco de esa ciencia infusa: "El amor nada tiene que ver con la sexualidad; es anterior a ella. Fue antes que la bipolarización de las especies. Hay organismos, primarios, hermafroditas, que se reproducen por

partenogénesis y buscan a otro, igualmente hermafrodita para poder amarse, parodiando la diferenciación, la bipolarización. Es el ansia de amar la que produce la partición del hermafrodita, la diferenciación de los sexos. El amor crea el sexo y no al revés. Se divide el hermafrodita para buscar por el mundo la nueva reunión, para poder regresar y transformarse en andrógino, que es otra cosa que el hermafrodita de la aurora". El andrógino también es el ángel, hijo. Es más y es menos que él. Cuando te unas con tu amada nuevamente, cuando te desposes con ella, lo sabrás mejor... ¡Sí, los libros no nos sirven de nada!

Pasó a las últimas páginas, pero no las leyó. Dejó el libro abierto sobre la mesa y se fue.

Con dificultad, como si saliera de su cuerpo, el hombre se levantó de la silla y se acercó a la mesa. Encendió la candela. En las páginas abiertas se leía un título escrito con caligrafía arcaica:

"Sutras. Aforismos."

"¡Oh, Diosa!, tú eres el verdadero yo mismo. Ninguna diferencia entre tú y yo."

.....

"El viento que sopla desde el jardín donde reside mi amada, me trae la esencia de ella misma."

.....

"Considera nuestra alma como un castillo todo de diamante o muy claro cristal, donde hay muchos aposentos, muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es donde pasan las cosas de mucho secreto entre el amado y el alma..."

"Este castillo, este árbol de vida, está plantado en las aguas vivas de la vida..."

"Pues, hemos de ver cómo podremos entrar en él... Parece que digo algún disparate; porque si el castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues se es el mismo; como parecería desatino decir a uno que entrare en una pieza estando ya dentro... Me habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es donde están los que lo guardan, y que no se les da nada entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quien está dentro ni aún qué pieza tiene..."

.....

*"Y si acaso no supieras
dónde me hallarás a mí
no andes de aquí para allí
sino, si hallarme quisieras,
a mí buscarme has en ti.
Porque tú eres mi aposento.
Eres mi casa y morada..."*

.....

*Yo toda me entregué y di
y de tal suerte he trocado
que es mi amado para mí
y yo soy para mi amado."*

.....
"... que son como presagios y mensajeros de la noche venidera del espíritu, aunque no son éstos durables, como la noche que espera.... Pero es la duda, la que llama aquí el alma noche que espera... Pero es la duda, la que llama aquí el alma noche oscura..."

"Esta oscura noche de fuego amoroso, así como a oscuras va purgando, así a oscuras va el alma inflamando..."

.....
"Detente, cierzo muerto
Os conjuro
No toquéis el muro
Porque la esposa duerma más seguro..."

.....
Venían otros títulos, seguidos de subtítulos:

*"En el Reino Ulterior de las Cosas."
La Muerte.*

"El guerrero debe dar a la muerte el rostro de la amada. Así se logra la feminización ardiente de la muerte."

El Beso.

"El beso fue una nueva dispensación, establecida para reemplazar la incisión y succión de la sangre. Porque en el beso se mezclan los soplos. Pero así como el dios Quetzalcoatl, fracasó en el intento de reemplazar los sacrificios sangrientos de los aztecas por ofrendas florales, del mismo modo no se ha conseguido con el beso lo que se buscara. Se lo ha transformado en roce sensual. El beso debe ser el primero paso, o escalón, en el camino de vuelta al hogar perdido, a la ciudad de la vida eterna..."

La Mirada

"El arrobamiento expresa la unión de la virilidad y la femineidad en el hombre. La alegría del arrobamiento se transmite al corazón por la mirada..."

.....
Dio vuelta varias páginas y encontró lo siguiente:

El Vino de la Familia

"En el Quinto Libro, de Weindenfeld, que sólo nosotros conocemos, se explica la fabricación del Espíritu del

Vino Secreto. En ninguna otra parte ha sido descrita. Es éste el spiritus mercurii universalis; la menstruación de la uva, el agua disolvente, el agua ardida. Nuestra familia piensa que el oro potable, la piedra, el filium aureo no podrán ser creados, en propiedad, si antes no se obtiene el Espíritu del Vino Secreto. He aquí la receta: Tómase un poco de vino blanco y otro poco de vino rojo; mézclanse en proporciones idénticas; se calientan en el baño María, a temperatura pareja. En otro tiempo el baño María fue llamado Maya. También es el mes de Mayo, la fiesta de Mayo, o Mayas... Se deja hervir el vino hasta que una capa de óleo delgado aparezca al fondo; es la putrefacción, la menstruación vegetal. Se debe esperar a que suba a la superficie. Y todo este tiempo se está en oración. Se abre luego la tapa del vaso hermético y se aspira. Si exhala un perfume sutil, aunque penetrante, es que el Espíritu del Vino ha aparecido. Debe beberse rápidamente, antes de que se contraiga. Se cierra de nuevo el vas hermeticum y se continúa la cocción, hasta que el óleo se endurece, transformándose en metal, en semen áureo, en oro potable. Es la Quintaesencia. Esta Materia Prima no se encuentra en ninguno de los tres reinos naturales y deberá ser inventada. Es muy posible que sea traída de lo alto por un pájaro blanco. Y es el trabajo de la cocción el que lo obliga a descender del cielo. Para la fabricación de la Piedra, hay dos caminos. Por uno de ellos, se llega más rápidamente, pues no se pasa por la destilación del Espíritu del Vino Secreto; ha sido llamado por esto Camino Seco. También, porque no requiere la ayuda de la mujer a tu lado, en tu Laboratorio. No podríamos decir si es que sus resultados son los mismos; pero nuestra familia ha elegido el camino que pasa por el Vino, el cual ha sido llamado Camino Húmedo, porque no puede recorrerse sin la compañía de la mujer, la que derrama y hace derramar lágrimas. En verdad, es ella quien lo fabrica. Sin embargo, para la construcción de la Piedra, del Oro, del Hijo, tú deberás estar solo nuevamente, terriblemente solo, más solo que nunca, más que aquel que eligiera el Camino Seco, pues te habrás quedado solo... El Sendero del Vino es el más difícil, el más largo y lleno de peligros. Por ello, nosotros pensamos que es el más noble y completo. Por eso nuestra estirpe lo ha elegido. No nos está permitido decir el nombre del primero de los nuestros que lo siguió; pero es tradición en nuestra familia beber la primera copa en su honor..."

Seguían varias líneas ilegibles y otras que habían sido tachadas con tinta. No le fue posible descifrarlas. Dio vuelta la penúltima página y leyó:

"Te digo que mi corazón ha sido abierto como por una daga y tu has entrado en él. Luego se ha cerrado en mi pecho. Así tú te encontrarás sin otro compañero hasta el día de la resurrección y del Juicio Final, compartiendo toda mi vida y toda mi muerte. Porque cuando yo muera, tú habitarás en el fondo de mi corazón, en las tenebrosas profundidades de la tumba..."

* * *

Volvió a aparecer su antepasado. Traía un candelabro en su mano izquierda y vestía los paramentos de su alta dignidad.

-Acompáñame -le pidió-, debo mostrarte nuestras viñas y bodegas, donde, por trescientos años, fabricamos el vino. El oficio tradicional de la familia siempre ha sido éste.

Atravesaron la casa vacía y salieron a los campos, donde los trabajadores recolectaban los racimos de uvas y bailaban sobre ellos a pie descalzo, entonando canciones de un ritmo creciente. El mosto corría por la tierra, como un río suelto. Bajo los entoldados, se reunían los familiares para asistir a la fiesta de la vendimia. Viejos y jóvenes, en gran silencio y concentración. A la llegada del antepasado, se pusieron de pie y se inclinaron. El se acercó a saludarles uno a uno. Le miraban asombrados, sin reconocerle.

-No te preocupes -dijo el pariente-; no todos saben de lo que se trata. Iremos ahora a las bodegas.

De nuevo se hallaron solos. El antepasado le fue mostrando los barriles. Tenían nombres grabados. A medida

que avanzaban, los barriles disminuían de tamaño.

-Este vino es para la familia. Aquí guardamos el Espíritu del Vino Secreto. Por el Libro de la Familia, que he dejado en tu cuarto, habrás podido enterarte que sólo nosotros sabemos cómo fabricarlo, porque a nuestras manos ha llegado el Quinto Libro de Weidenfeld. Nadie fuera de nosotros sabe que él escribió ese Quinto Libro, tan prometido y esperado... Este barril, que aún no tienen nombre, ha sido reservado para ti. Yo mismo lo grabaré, cuando en verdad sepa cómo te llamas.

Las bodegas eran ya el comienzo de los subterráneos. El pariente se cambió de indumentaria y tomó una espada.

-Lleva también la tuya, pues la vas a necesitar -explicó.

El piso era desparejo. Un olor rancio y húmedo lo envolvía todo. De vez en cuando, la débil luz de las candelas dejaba ver eslabones herrumbrosos de cadenas rotas.

-Vamos a visitar al Gran Antepasado.

Caminaron largo rato en la oscuridad.

-¿Cómo te orientas aquí? -preguntó.

-No me oriento, me desoriento... Ya no sé dónde estamos. Tampoco he recorrido estos subterráneos en toda su extensión. Pero, ¿quién lo ha hecho en este mundo?

Se oyó un quejido; luego, un como rugido.

Sintió frío en su columna. El pariente le calmó, tomándole del brazo.

-También yo sentí lo mismo la primera vez que alcancé a este lugar tan oscuro. Empuña fuerte tu espada. Hemos llegado.

Iluminó con el candelabro la base del muro. Al pie de una columna, apareció la forma de un ser contrahecho, amarrado con cadenas. En su rostro se marcaban las huellas de todas las humillaciones y sufrimientos, de todos los crímenes. Resplandecía también en aquel rostro la santidad de la criatura. Mezclábanse en sus rasgos las razas de la tierra; el animal con el pez, el vegetal con la piedra.

-Este es el Gran Antepasado. Pídele su bendición, su perdón. Humíllate ante él, besa sus llagas.

-¡Eso nunca! -respondió-: Lo que haré es libertarle. Para eso he venido.

Y con un golpe seco de su espada cortó las cadenas del Gran Antepasado, del Rey de los esclavos de la Atlántida.

* * *

El Gran Antepasado entró en el cuarto. Traía aún las marcas de las cadenas y de los suplicios infamantes y olía a profundidad.

-Vengo a agradecerte. Mi agradecimiento se expresará del mismo modo: cortando tus cadenas, liberándote de las amarras que te ligan al sueño. Traigo el Árbol Genealógico de la familia. Uno de tus bisabuelos se llamó Domingo; otro, Sábado. Tú, te llamas Viernes; porque este es el día de tu estrella. Al final del Árbol está creciendo una nueva rama, que será la última, pues es estéril. Debo decirte que en esta familia mora el

espíritu de un orgullo sin límites, que busca refugio en lo irreal. Ese pariente del cuadro, tus otros antepasados, todos, fueron incapaces de amar a sus semejantes de carne y hueso. Inclínándose ante lo que no existe, creían poner a salvo su desmedido orgullo. Igual tú, incapaz de amar a una mujer real, amas a una muerta; te entregas a una muerta, porque sabes que no existe, porque sabes que se acabó para siempre. Como tus antepasados, no amas a nadie; sólo te amas a ti mismo...

Sintió que una lanza le atravesaba el pecho. Sin poder moverse ni replicar, cerró los ojos. Con gran dificultad, movió sus labios de piedra:

-¿Por qué me has abandonado?

* * *

"La he amado con todo el ser. La he amado con un amor que es más que amor. La he llevado por el mundo, prestándole mis ojos para que vea, mis sentidos para que sienta. Si no puedo amar a nadie más, es porque me he quedado frío. Porque yo soy ella."

Iba a pronunciar la oración a la Estrella de la Mañana, cuando escuchó una voz:

"Aún no. Estoy en la tumba."

Y luego, el pariente:

"ES la noche oscura. La corrupción de uno es la purificación del otro. *Corruptio unius est alterius...*"

Lo que sigue de esta historia es mejor vivirlo en silencio. Tras la nigredo, viene la albedo. Albania, la Tierra Blanca, el ascenso a las divinas cumbres, el encuentro con el Oasis que existe entre los hielos. Es posible que ella también vuelva y le guía por los pasillos en penumbra, tal como lo hiciera antaño, hasta dejarle junto a los muros de la Ciudad, en la que ella no entra.

El hombre se mira en un espejo. Y en su agua vieja, descubre que su mirada es la de ella; porque ahora *él se está mirando desde ella*.

"¡Tu eres yo!", exclama.

Y su grito de triunfo precipita el terremoto. Y, al desplomarse la montaña, junto a las costas del sur del mundo, desde el Océano, emerge la antigua tierra del Andrógino, Elella.